

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 743.

SUMARIO.

El príncipe Mustafá-Fazyl-bajá; grabado. — **Estudios de moral.** — **Poesía.** — **El salon de S. A. I. la princesa Matilde**; grabado. — **Las estatuas de los Plantagenets en la abadia de Fontevrault**; grabado. — **Revista de Paris.** — **Estudios de historia natural.** — **Una visita á la Exposicion universal de 1867**; grabados. — **La Marquesa de Pinares.** — **Verdi**; grabado. — **Obras del jardin del Luxemburgo**; grabado. — **El canal Cavour**; grabados. — **Crichton.** — **Luis Boulanger**; grabado. — **Pedro de Cornelius**; grabados. — **Problemas de ajedrez**; grabado.

El príncipe

MUSTAFÁ-FAZYL-BAJÁ.

El príncipe Mustafá-Fazyl-bajá, hermano y presunto heredero del virey de Egipto, es el tercer hijo de Ibrahim-bajá, el glorioso vencedor de Nezib, y el nieto de Mehemet-Ali, el ilustre fundador de la independencia de Egipto.

El príncipe Mustafá nació en el Cairo el 21 de febrero de 1830. El cuidado de su educacion y de su instruccion fué confiado á hombres distinguidos que abrieron su entendimiento á todas las ideas de la civilizacion, á todas las aspiraciones del progreso verdadero.

Cuando estuvo en edad de entrar á desempeñar las altas funciones políticas á que le llamaba su categoría, y de las que su carácter le hacia digno, comenzó á veinte años en Constantinopla como miembro de uno de los consejos del imperio. Despues fué sucesivamente ministro de Instruccion pública, empleo en que dió las primeras muestras de sus tendencias civilizadoras, ministro de Hacienda, y por último, presidente del consejo del Tesoro del imperio. En todos estos cargos, el príncipe Mustafá se mostró á la altura de la confianza que el sultan le demostraba. Lo mejor que creyó debia hacer para corresponder á

esta confianza, fué señalar á su soberano los abusos que habia que desarraigar, las reformas urgentes y las mejoras que era preciso realizar para poner al imperio en estado de ocupar entre las potencias europeas el rango que conviene á su pasado, y que debe asegurar su por-

venir. Pero la buena voluntad del príncipe Mustafá tropezó con obstáculos insuperables por entonces, y no pudiendo ya utilizar el poder de que estaba investido en provecho del bien público, resignó estas funciones.

Despues de abandonar los negocios, el príncipe Mustafá vino á Francia, siguiendo de lejos con patriótico interés la marcha de las cosas en Turquía. Viendo que los sucesos tomaban un giro amenazador para la salvacion del Estado y del trono, dió á su soberano la mejor prueba de afecto que un ciudadano puede dar á un príncipe: le dijo la verdad. Ultimamente ha enviado de Paris al sultan una Memoria en que expone los actuales peligros de la Turquía, las causas que los han creado y los sostiene; y luego, colocando el remedio al lado del mal, señaló las reformas necesarias: igualdad de todos los súbditos del imperio é introduccion del sistema constitucional, ejerciendo una verdadera intervencion en los asuntos públicos. El príncipe Mustafá representa en esta manifestacion toda la parte inteligente y sana de la poblacion musulmana y cristiana, que bajo el nombre de *jóven Turquía*, quiere regenerar el pais, y prevenir una catástrofe que el actual régimen hacia inevitable.

A. B.



Su Alteza el príncipe Mustafá-Fazyl-bajá, hermano del virey de Egipto.

Estudios de moral.

BABILONIA LA GRANDE (1).

Leed los periódicos de Londres por la mañana; asistid al sermón al medio dia; escuchad por la tarde la conversacion animada que fija la atencion de vuestra familia: el texto mas comun, el objeto universal de todos los discursos, lo que sostiene la existencia de la prensa periódica, y despierta mas vivamente la

(1) Hemos traducido del opúsculo inglés *Babylon the Great* (Babilonia la Grande) este discurso que está rebotando filantropia y pone de manifiesto las causas que pervierten al pueblo en la populosa ciudad de Lóndres.

atención general, es el crimen. Lo encontrareis en todas partes. Se pregona en las calles, se pone en escena, se canta en las baladas, se representa en estampa, y se le anatematiza desde lo alto de la cátedra. No hay semana en que el descubrimiento de alguna nueva atrocidad, la condena de algun reo, no venga á entristecer el alma y á justificar las declamaciones del misántropo. Los pormenores de esta perpétua tragedia, mezclada con incidentes cómicos, forman la única lectura de una gran parte de los vecinos de Londres. Los tribunales, siempre abiertos, siempre ocupados, parecen darnos, con la publicidad de sus debates, una constante lección de robo, de asesinato, de locura, de extravagancia, de barbarie: cuanto mas adelanta la civilización, mas multiplica el crimen sus hazañas. A medida que Londres se ensancha, que se elevan en su seno nuevos palacios, vienen á morar en ellos nuevos crímenes. Una corrupción agigantada ocupa todas sus avenidas; los instrumentos de la ley no bastan ya para la ejecución de su deber; las columnas de los periódicos se alargan para contener una pequeña parte de estos anales de la perversidad. Si la posteridad nos juzga por estos escritos periódicos, donde se encuentran consignadas tantas horribles maldades, creerá que el crimen tuvo aras en Europa, y que esta civilización tan decantada no fué mas que una sima de viles y sangrientas infamias.

¿De dónde nace este diluvio de vicios? ¿No tenemos oradores para que nos sermoneen, legisladores para castigarnos, sociedades para atajar los vicios, asilos de beneficencia, vigilantes de día y de noche, espías y jurados, jueces y abogados, moralistas y dramaturgos? ¿No tenemos la cárcel, la picota, la argolla, la horca y las dilatadas llanuras de la Australia, prontas á absorber la hez de nuestra población criminal? Durante el último año, ¿no se ha cuadruplicado el número de las iglesias, doblado el de los reverberos, añadido nuevos estatutos al antiguo código? ¿Han cesado nunca nuestros serenos de hacer resonar las calles con sus monótonos gritos? ¿Han abandonado acaso su oficio nuestros ministros de la ley sagrada? No. Todo se perfecciona; abundan los inventos útiles, pululan los libros nuevos. Bentham y Cobbett escriben, Wordsworth y Southey moralizan, y esto no impide que los agentes de policía traigan cada día nuevos reos á las rejas de Bow-street, no á cuadrillas, sino á bandadas. Somos el gran pueblo, el pueblo libre, el pueblo eminentemente moral, y sin embargo una voz lúgubre y universal nos repite incesantemente estas tristes palabras: *¡El crimen aumenta!* *¡El crimen aumenta!* El presupuesto de nuestros vicios crece cada año, y cuantos mas obstáculos oponemos á este desastroso progreso, mas las maldades que pululan á nuestro alrededor se burlan de nuestros esfuerzos, se rien de nuestras leyes, de nuestros sermones, de nuestros magistrados, de nuestros suplicios.

Casi estoy por creer que hay aquí dentro alguna equivocación. ¿Quién sabe si, en vez de moralizarnos, esta disciplina social tan decantada nos vuelve mas inmorales? Leyes, sermones y medidas prohibitivas, ¿no provocan acaso el vicio que quieren reprimir? Esto es lo que vamos á examinar atentamente.

En Londres, donde los crímenes contra las propiedades son innumerables, el robo es el pecado universal; los crímenes contra las personas son mucho mas raros. Si se busca el motivo secreto de esta proporción desigual en la estadística de las maldades, se reconocerá que nace del mismo carácter de los habitantes en sus ocupaciones habituales y en sus pasiones secretas. ¡Amontonar! hé aquí el código, la biblia, el único voto de un inglés: nacido en Londres, donde, desde que habita, se apodera de él la avaricia, dotado de un temperamento frío y de un espíritu calculador, no conoce estas violentas agitaciones que hacen el homicidio tan comun en los pueblos del Mediodía. La venganza, el odio, el amor, pasiones que impelen al asesinato á hombres de otros países, no tienen cabida en un alma inglesa. Así, el mercader de Londres, el mendigo de nuestras esquinas, el ladrón de nuestras carreteras, no asesinan sino en último recurso. *John Bull*, tomado en masa, es capaz de pasiones ardientes; como nación, es terrible; individualmente, es un ente macizo, sólido, imperturbable, calculador, negociante, economista, amigo de sus comodidades, mas bien gloton que voraz, indiferente á todo, y tranquilo en su egoísmo. Sus faltas y sus crímenes nacen de la avaricia, de la codicia, de la frialdad de alma. Llegad á Londres, sin conocer á nadie; no hagais sonar vuestros escudos, no hagais alarde de ese lujo que despierta la codicia, y podéis vivir en él diez años sin que nadie se cure de vos. Es el país del mundo en que el hombre tiene menos simpatía hácia su semejante. En las calles de esa moderna Babilonia, cada cual sigue su camino sin mirar á su alrededor: si fuérais mortalmente herido, si inundárais con vuestra sangre, todavía humeante, el pavimento de Bond-street, ninguna alma caritativa vendría á socorreros. Pero tambien, merced á este imperturbable egoísmo, podéis recorrer las calles mas desiertas ó las mas concurridas de la misma ciudad, y aunque anduviérais vestido de africano, japonés ó cochinchino, aunque fuérais ridículo, jorobado, ó estuviérais cubierto de andrajos, nadie haría alto en vos.

Sucede á veces que la misma codicia, el mismo anhelo de amontonar dinero, que reina en todas las clases de la sociedad inglesa, da nacimiento, en las clases inferiores, á crímenes espantosos, á homicidios, á envenenamientos. Pero estas escenas suceden casi siempre en las provincias, mas no en la capital. En Londres hay demasiada facilidad de robar sin matar, de ocultar lo que se ha robado, y de venderlo en seguida, para que

el ladrón recurra á una violencia que expondría su propia vida. Londres es el paraíso de los rateros. Allí el robo es una profesión lucrativa, un oficio excelente, en que el provecho se hermana con la gloria. Pero despues de haber explicado de un modo vago y general la naturaleza y las causas de esta preeminencia del robo en Londres, extendamos mas nuestro análisis, remontemos á las fuentes, veamos cómo se fabrican, por decirlo así, el crimen y el vicio entre nosotros. Entremos en el interior de las familias, y nos admiraremos de encontrar en cada casa, opulenta ó acomodada, una fábrica de robo permanente y siempre activa.

Nuestros fashionables quedarían muy atónitos, si alguien se llegase á decirles que sus elegantes retretes y sus comedores son la oficina universal de donde salen la mayor parte de los reos que van á sentarse en los bancos de los tribunales. Nada, sin embargo, mas cierto. Forzados por sus costumbres de lujo á confiar á sus criados el cuidado de comprar los objetos que les son superfluos ó necesarios, ofrecen á sus subalternos una tentación perpétua á la que es muy arduo resistir. El criado, el mayordomo, el despensero, conocen el estado de la fortuna de su señor, sus deudas, sus rentas, la irregularidad de sus pagos, su amor al placer, y le roban á porfía. Cuando le ven dar á una bailarina de la Opera cien libras esterlinas por una entrevista nocturna, un raciocinio muy natural, y que no deja de ser exacto, les inclina á creer que sus servicios, siendo mas útiles, merecen un salario igual por lo menos. Se entienden con el mercader, sacan un contingente de los deleites del amo. Su disipación aumenta, en los que le sirven, el deseo ó mas bien la urgencia de sacar contribuciones de una bolsa que se abre con tanta facilidad, y se sanciona, ó por mejor decir, se legitima el hábito de robar. El mercader coopera al fraude del mozo, fraude que le es útil, y sirve para dar salida á sus géneros. El mayordomo sobresale á los demás, embrolla las cuentas y dilata los pagos cuanto puede, precaución necesaria para que se borren los recuerdos, y para que el espacio de tiempo trascurrido tienda un velo sobre este pillaje doméstico. Tal es el doble fraude con que se les engaña, y así es como se introduce la miseria en las casas mas ricas. Al principio cada gasto crece de quince ó veinte por ciento, segun el grado de influjo que ejerce el criado sobre el amo, y en seguida aumenta el número de los objetos que se suponen necesarios, á proporción de la desvergüenza y codicia de los subalternos. Viven todos en la abundancia; desperdician estos objetos inútiles, ó los venden muy barato; y aun (y en esto consiste lo sublime en su género) los revenden al mismo mercader á quien los compraron, partiendo con él el dinero del amo. La cuarta parte de los gastos, en las casas opulentas, se emplea de esta manera; y para las familias á la moda, esta dilapidación asciende á mas de la mitad de su presupuesto anual. Allí es donde se dan bailes y conciertos; allí, donde todas las minuciosidades del lujo ofrecen un negocio fácil y abundante á la explotación de los criados; allí es donde conspiran con el tapicero, el espejero, el ebanista, el florista, el confitero, y donde todos estos locustos, encarnizados en su presa, devoran poco á poco los millones del patrimonio de sus amos.

¿Qué sucede con esto? Que el hijo de familia viene á ser el criado de sus criados. La masa de sus acreedores, unida á la de sus criados, le estrecha y le sujeta con un apretón mas cruel y mas inevitable que el de la serpiente boa. Vasallo de sus locuras, criado de su misma indolencia, no puede evitar jamás esta tiranía que le abruma. Conozco mas de veinte fashionables de buen tono, que primero se presentarían á la corte con chaleco pardo, que cambiarían de sastre; y si lo intentasen, la conspiración de todos los criados vengaría bien pronto al artista despedido: verían su paño superfino, quemado por el ácido nítrico, caerse á pedazos, y el primer criado no dejaría de repetirle todas las mañanas que *este vestido sienta muy mal al señor*. A mas de esto, ¿cómo cabe dejar de ser parroquiano de un hombre á quien debe cuatrocientas ó quinientas libras esterlinas? Despues de haberse dejado robar por atolondramiento, se dejan robar por necesidad y por cálculo. Acuden luego los judíos; los usureros, buitres que devoran los restos de las grandes y pequeñas fortunas, corren á terminar la obra de los criados; y el hombre de buen tono va á expiar en algun arrabal, en una económica morada, su pródiga inexperiencia.

De esta suerte se desmoraliza toda la clase de los subalternos: mercaderes, lacayos, toda especie de abastecedores miran el robo como un beneficio legítimo y convenido. Sus hijos, sus hermanos, sus amigos, participan de los despojos de las familias ricas, y esta espoliación general destruye todo principio de probidad entre el pueblo. El lacayo, enriquecido por sus latrocinios, se hace dueño de la casa; se vuelve pródigo y gasta sin medida su mal adquirida fortuna, cae en la miseria y pára en ratero de profesión. Si es tacaño y prudente, pasa el resto de su vida en adiestrar á los lacayos en este ejercicio. Tal es el torrente de vicio, de depravación é inmoralidad que cae de la alta sociedad inglesa en nuestras calles, en nuestras encrucijadas: tal es la primera y la mas fecunda de estas fábricas de maldad que nuestras costumbres organizan y sostienen.

Los criados de familias de mediana fortuna siguen el ejemplo de sus superiores y roban en menor escala: pero el resultado para la moral es absolutamente el mismo, aunque el total de los robos sea menos considerable. Las criadas se entienden con la frutera, el pastelero, la lavandera: tienen secretas relaciones de interés con el ropavejero y con los chalanes, á quienes

venden todos los objetos de poca importancia que logran sustraer; en vano la económica dueña de la casa pesa por sí misma lo que manda comprar, y sujeta á su criada á la mas rigurosa vigilancia. Está dado ya el impulso; el ejemplo procede de mas alto; la necesidad de robar es inherente á la misma profesión. A mas de esto, la justicia nos obliga á confesar que esta última clase de criados puede alegar en su favor excusas admirables. Mal tratada, mal pagada, á veces mal alimentada; condenada á ejercicios penosos, serviles, que no traen consigo ningun recreo, ningun placer; sin consejos, sin apoyo, sin reposo, sería un heroísmo el ser virtuoso. Una jóven criada, expuesta á todas las tentaciones, sin experiencia y sin educación, ¿será nunca una Pamela? Ved ahí que viene la vieja gitana que le dice la buena ventura, y le predice un amante, un marido, hermosos niños y mucha felicidad. ¿No puede sobrecargar un poco su libro de cuentas para pagar tan lisonjeras profecías? y si se presenta un galán tan diestro en seducir á las criadas como en hacer saltar los relojes y forzar las cerraduras; si, introducido en su casa el Lovelace de su oficio, abusa de su poder y de sus ventajas para robar á la propiedad del amo; si la misma niña, hecha cómplice ciega de su seductor, concurre al pillaje y roba á los que la pagan; estas acciones, tan reprehensibles y tan culpables, ¿no son sin embargo consecuencia forzosa de la servidumbre doméstica y del estado de nuestras costumbres?

Hemos procurado demostrar de qué modo el pueblo se desmoraliza en el seno de las familias ricas y pobres; y cómo, conduciendo la costumbre de desmoralización á todos los vicios, la raza de los criados infieles acaba por llenar nuestras plazas públicas de estafadores y ladrones. Todos los abastecedores que están de convivencia con estos criados, se pegan la misma mancha y contraen idéntico vicio. El fraude se hace esencial al comercio. Supongamos que una quiebra destruya el establecimiento de este comerciante que ayuda á los criados á engañar á sus amos: como está acostumbrado á ganar por vías fraudulentas y secretas, continuará como ha empezado, y en tres meses le vereis figurar en Tyburn (1).

En todos los ramos del comercio, el arte de engañar al público se ha perfeccionado de una manera espantosa. Pasemos ante estos tenderos que venden los objetos á un precio mas bajo que el de la plaza, y que haciendo el mismo gasto que los demás comerciantes, se enriquecen en pocos años. Una de dos; ó revenden mercaderías robadas, ó se arreglan de modo que puedan compensar la pérdida que sufren, vendiendo á precio mas bajo que el valor real. Casi siempre sucede que combinan estos dos medios. Quitan diestramente de la vista el paño ó la tela que acabais de comprarles, y lo reemplazan con otro de inferior calidad: os engañan con el color, con la solidez del tejido; os estafan de todos modos. Quanto mas hábiles son los dependientes en el arte de seducir y engañar al parroquiano, mas se hacen apreciar de sus amos; y el jóven á quien han colocado sus padres en una tienda para aprender el comercio, aprende tan solo el fraude, el dolo y la mentira. Cuando sale de esta cueva, está perfeccionada esta educación: feliz ó desgraciado, sigue la senda de engaño en que ha entrado; y si alguna tentativa de latrocinio, harto imprudente ó manifiesta, le pone en manos de la justicia, la horca está levantada para recoger su cadáver; los periódicos están prontos para registrar su nombre, su yerro y sus últimos instantes.

Pero, se me dirá, esta grande escuela de vicios que estais mostrando abierta en todas las oficinas, no es ciertamente el gobierno quien la establece; es una consecuencia aciaga, pero inevitable, de la codicia inherente á las costumbres de un pueblo que vive del comercio. Las instituciones inglesas no favorecen esta codicia fraudulenta; y si la iniciación de la juventud en la carrera del vicio es tan frecuente como desastrosa, si la mayor parte de los mozos de tienda, de las criadas, de los criados, acostumbrados á mentir y á engañar, son, por decirlo así, otros tantos *bosquejos* de ladrones, echad la culpa al carácter de una nación especialmente comercial, á quien arrastra y avasalla el deseo de ganancia.

No; la fábrica de vicios mas peligrosa por la publicidad del ejemplo no es todavía la que acabo de señalar. Todos los gobiernos de Europa favorecen una, mucho mas culpable, mucho mas fértil todavía en resultados odiosos. El agiotaje sobre los fondos públicos no es mas que un juego de azar, donde la audacia, la mala fe y el engaño andan disputándose la victoria. En la Bolsa es donde el gobierno sanciona estas especulaciones sobre la palabra, cuyo ejemplo enseña al pueblo que puede ganar el dinero sin industria, sin trabajo, sin probidad. Allí es donde tienen cabida todas las mentiras, todas las astucias para asegurar al jugador la propiedad de su ganancia, y aumentarla. Allí es donde entroniza la inmoralidad su santuario. Cuando un jóven ve á un jugador de los fondos públicos amontonar dinero á fuerza de mentiras; cuando observa esta lucha de codiciosos que solo procuran engañarse mutuamente; cuando reflexiona sobre esta gran casa de juego, puesta bajo la protección de la autoridad, bajo la tutela de las leyes, ¿no ha de creer que las mismas leyes consagran la mentira y el dolo? ¡Cuántos falsarios no han salido de esta escuela! Moralmente hablando, el que profiere un aserto falso con la intención de asegurarse una ganancia, no es menos culpable que el hombre que firma, con el mismo objeto, bajo un nombre que

(1) Plaza de ejecución en Londres.

no es el suyo. Nuestros jueces envían al último á la horca, y no castigan al otro. Pero en la mayor parte de las inteligencias, dos actos semejantes en sí mismos se confunden siempre; y este instinto de lógica natural (tan poderoso en el hombre) es el que ha hecho cometer un gran número de yerros que los culpables han pagado con su vida. Casi todos los falsarios son jóvenes. Provocados por el espectáculo de las riquezas que les rodean, por los goces á que aspiran, poco escrupulosos en los medios de agenciarse dinero, cometen un crimen, bien convencidos de que la mayor parte de los hombres con quienes viven son en efecto tan culpables como ellos, y que su falta es venial y perdonable.

No hablaré de la *lotería*, de las *casas de préstamo* y de *juego*, contra las cuales mas de un moralista ha fulminado sus rayos. Quiero descender hasta las fuentes de vicios menos conocidos y observados. Las miserables moradas habitadas por la clase indigente son, segun mi opinion, semilleros de vicios; es necesario haber tenido valor de visitarlas para conocer la incontestable verdad de mi aserto. Allí es donde, lejos de la vista de todos, en medio de la mas asquerosa miseria, se amontonan familias de mendigos y ladrones. En el fondo de estas calles oscuras que parecen edificadas expresamente para ocultar el vicio, de estos callejones sin salida que no están ni empedrados ni alumbrados, es donde se tramam la mayor parte de las maquinaciones contra la vida ó las propiedades de los habitantes de Londres. Los propietarios de estas casas peligrosas, ciertos de no poderlas alquilar jamás á gente honrada, no quieren arrojar de ellas la gentuza que las habita: nunca penetra en ellas ningun sereno, y las ramerías establecen allí sus habitaciones; allí se ocultan los relojes de bolsillo y sobremesa y los pañuelos robados. Si se encuentran mezcladas algunas familias honestas en estas colonias de bandidos, la corrupcion las alcanza luego. Hijos, mujeres, jóvenes, ancianos, todos viven juntos en el hábito de la mendiguez, del robo y del crimen; aumentase esta poblacion sin perder sus honrosas tradiciones, y mientras que los filósofos y los legisladores racionan sobre la perfeccion de la especie humana, continúa secretamente su depravacion. ¿Por qué no se aseguran asilos cómodos y saludables á la porcion indigente de la sociedad? El vicio se acompaña casi siempre con la suciedad y el malestar. Procurad el bienestar de los hombres, y preparareis su perfeccion moral.

Un gran número de estos infelices que habitan las guaridas de que acabo de hablar, pertenecen á la clase trabajadora: son albañiles, pizarreros, hombres de fatiga, carpinteros. Se les emplea durante una parte del año; pero ¿qué harán, en qué se ocuparán durante la otra? Vedlos allí sin trabajo, sin medios de subsistencia y sin socorros: han de morir de hambre ó hacerse ladrones. Cuando vuelve la estacion del trabajo, el estado de miseria á que se ven reducidos los coloca bajo la dependencia absoluta del empresario que los ocupa. Obligados á aceptar lo que les ofrece, no reciben de su avaricia mas que el *mínimo* del salario, para cubrir las primeras necesidades de la existencia humana. De esta corta suma escatiman la mayor parte para ir á consolarse en la taberna. Allí se envenenan y se enervan con un líquido rojizo y amargo que les vende el tabernero; su salud se menoscaba, disminuye su robustez, su moralidad se desvanece. Durante el curso de la semana el trabajador gasta de antemano el salario que ha de recibir el sábado por la tarde. Su familia va á perecer en el hospital, y él mismo no tiene otra perspectiva que Botany-Bay ó la muerte en una carretera.

Salid de los arrabales de Londres en un hermoso dia de verano, y quedareis pasmado al ver tendidos en el camino, jadeando, macilentos y extenuados, centenares de hombres de edad madura que os piden limosna, aunque su mandil y su porte indican que no les falta trabajo. Estos son victimas de la poca prevision legislativa y de la bárbara avaricia de los arrendadores. Privados de educacion y de principios, no conociendo del mundo mas que sus miserias, ¿creeis que se abstendrán de robar cuando tengan hambre y sed? ¡Hé aquí una gente dispuesta á ser mártir de la virtud, y á sacrificarse por la sociedad que le desecha! No; aprovecharán como un favor de la fortuna la primera ocasion que se les presente de enriquecerse á costa ajena.

Si se resumen los hechos incontestables que acabo de apuntar, y se atiende á que el vicio, ora protegido por el gobierno bajo la forma de dolo y mentira; ora sustentado en el hogar doméstico bajo la forma de provechos secretos y fraudulentos; ora alimentado por estas supuestas costumbres comerciales, que presentan el robo como una ganancia legítima, se aumenta todavía con las causas locales que he referido mas arriba; si se junta el *hambre* á este gran manantial del crimen, nadie se admirará ya de ver á la capital de la Inglaterra invadida por un espantoso progreso de crímenes; y solo extrañará la fria ceguera de los legisladores, causa de su obstinacion, en no curar ninguna de estas profundas llagas que roen el corazón de la sociedad.

Seria una obra muy curiosa, un documento indispensable para la historia de la naturaleza humana, la fiel relacion de las diversas gradaciones de vicio y de crimen á que sube, desde su infancia hasta el momento de su muerte, uno de esos infelices que, nacidos en la miseria, acaban por caer bajo la mano férrea de la ley.

(Se concluirá.)

Poesía.

UNA NOCHE EN EL CASTILLO DE HUS.

(Leyenda histórica.)

I.

EL SUEÑO.

¡Serena es la noche! por selvas y valles
Entre nubecillas de lánguido tul,
Esparce la luna sus blancos cabellos,
Del sólio en que rueda de plata y azul.

El manso arroyuelo murmura en el prado,
Sus ondas de plata llevando gentil,
Y alzando la frente doquier perfumada
Con flores que riega del bello pensil.

¡Ni un eco se escucha! ¡Dormida la tierra
En sueño profundo! ¡Misterio!... ¡Escuchad!...
¡El bosque... la selva... las aves... las flores
Con blando beleño dormidas están!...

Allá en alto monte, se eleva un castillo
De duro granito; con fiero desden
Parece que dice al prado y la selva:
« ¡Soy vuestro monarca, rendíos á mis piés! »

El puente y rastrillo defiende un soldado;
Descansa en el suelo pesado arcabuz;
Avizor el ojo... y atento el oído...
¡Güay del que al castillo se acerque de Hús!

Mohamed allí asienta su rica morada;
Mohamed, el altivo y fuerte adalid,
Que en justas y zambras, en guerras y amores,
Entre los Gomeles es el mas gentil.

II.

LA NAZARENA.

Oculto en los hierros del alto castillo,
Sus lágrimas vierte bendita mujer,
Nazarena hermosa de divino aliento,
En guerra cautiva del moro Mohamed.

Rendido de amores, sultana la quiere:
¡Mas, vano es su empeño, y vano su amor!
¡Quién pudo en la tierra rendir con halagos,
Con premio ó castigos al fiel corazón!

Allá en los vergeles de mágico ensueño
Vió la Nazarena la primera luz:
Que un tiempo mecieron su cuna de flores
Las auras hermosas del suelo andaluz.

Allí, bajo un cielo sereno y radiante
Bellas ilusiones miró descender:
Por eso acuitada suspira y se apena,
Que amores no olvida de un noble doncel.

La mansa corriente que lame los muros
Del alto castillo, sus ondas abrió:
Y frágil esquite, cortando la linfa,
Al pié del castillo, cual sombra tocó.

Dos hombres se alzaron: — Arroja la escala
Con tino: habló uno con voz varonil;
— Ya está: le responde su fiel compañero.
— Aguárdame; pronto nos tienes aquí.

III.

SORPRESA.

Morada celeste que pinta el profeta,
De mágica dicha, de encanto y amor,
Es la bella estancia do mora cautiva
La hermosa andaluza que gime en dolor.

Del pecho sacando la bendita imagen
De la Virgen Pura, salud de Israel,
Plegaria ferviente murmuran sus labios
A quien de pureza fué modelo fiel.

Y cuentan que abriendo sus cándidos ojos,
La imagen sagrada, la vió sonreír,
Y en esa sonrisa vió la Nazarena
Un mundo de encantos gozoso surgir.

Un golpe en seguida sonó en la ventana,
Un garfio á las piedras del muro prendió,
Y á poco en la estancia saltando un guerrero
— ¡Estrella! gritando en sus brazos cayó.

— ¡Fernando! ¡Qué miro! ¡Fernando! La dama
Prorumpo gozosa. — ¡Fernando! ¿No es
Un sueño? — No; huyamos... huyamos, Estrella.
— ¡Traicion! brama entrando el moro Mohamed.

IV.

EL COMBATE.

Vencida al desmayo la jóven hermosa,
El moro y cristiano con ceño feroz
Se miran un punto; las armas blandiendo,
Horrible combate comienzan los dos.

Si rudo en la lucha se porta Fernando,
Mas rudo y mas fiero se muestra el infiel;
— ¡Muere! grita airado con fe el Nazareno.
— ¡Y muere! con saña responde el Gomel.

Y la cimitarra mil chispas arranca
Y gira la masa con fiero brillar;
Heridos sus pechos ya roncos se agitan;
La venganza solo alientos les da.

Y rápido el moro se inclina hácia el suelo,
Y toca un resorte... y al punto á los piés
Del cristiano, el suelo retiembla y se aparta
Y ya al precipicio se siente caer.

Mas vuelta á la vida, la jóven hermosa
Prorumpo: — ¡María, Madre de Jesus,
Sálvame! Y la imagen abriendo los ojos
Despide un torrente de célica luz.

¡Al verla Fernando, de aliento divino
Se siente bañado!... ¡la trampa salvó!...
Y ciego quedando de aquella luz pura,
Rodó al precipicio Mohamed el feroz.

V.

CONCLUSION.

Pasaron tres años. Venciendo en Granada,
La cruz en la Alhambra clavaba Isabel,
Y el fuerte castillo de Hús, en mercedes,
Por altas proezas donaba á un doncel.

Fernando y Estrella pisaron los muros,
Dueños del castillo del fiero Gomel;
Y aun hoy en la noche se escuchan los ayes
Que lanza la sombra del moro Mohamed.

JOSÉ MARÍA LEON Y DOMINGUEZ.

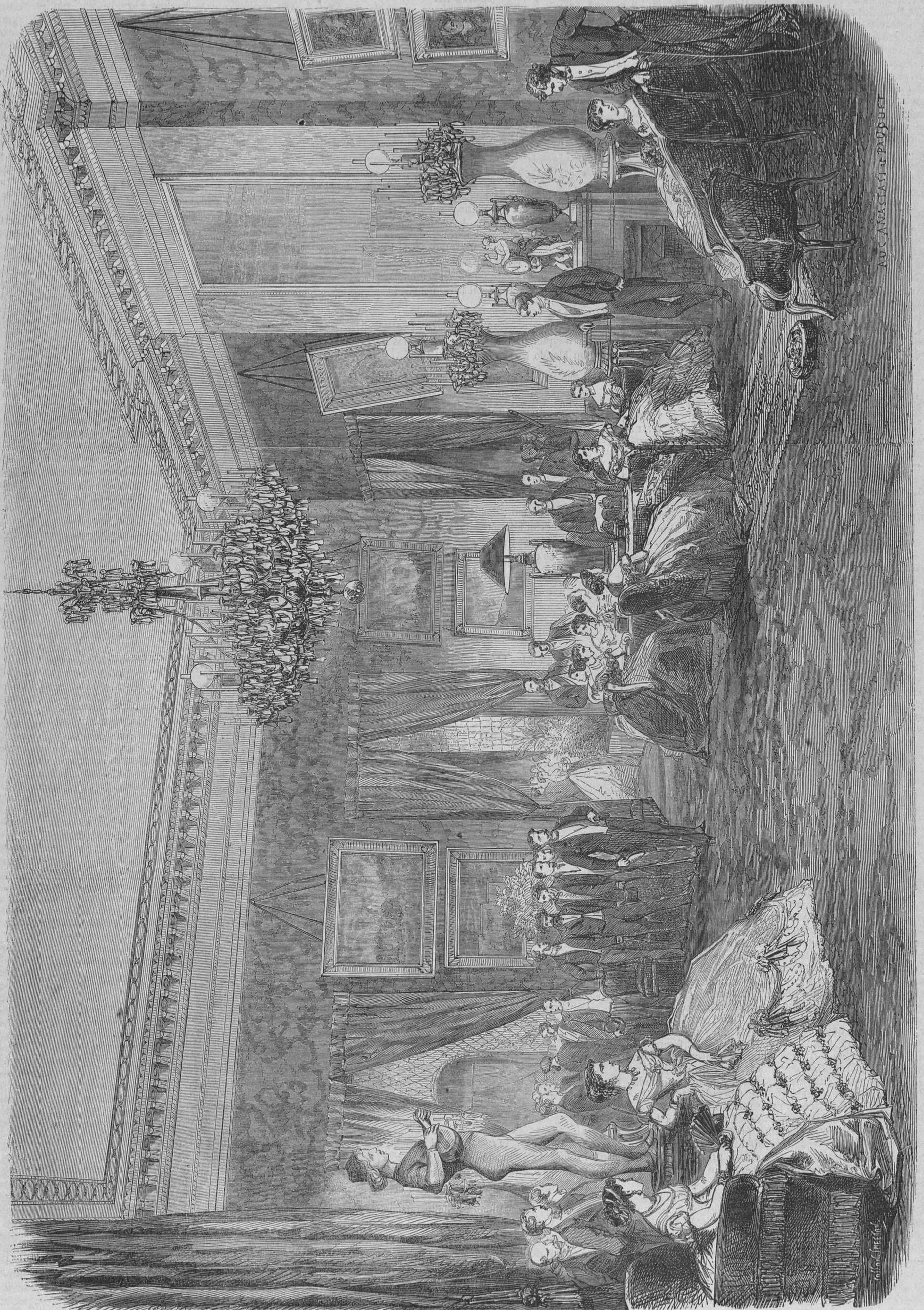
El salon de Su Alteza Imperial

LA PRINCESA MATILDE.

El salon de S. A. I. la princesa Matilde es uno de los salones históricos de nuestro tiempo. Figurémonos reunidos, mediante el pensamiento, á los hombres mas eminentes en todos los círculos, en la política, la poesía y la literatura, todos los hombres superiores que cuenta Paris en las ciencias, las letras y las artes, y nos formaremos el aspecto de la concurrencia que frecuenta este salon verdaderamente excepcional entre los salones parisienses.

La lámina que acompaña á este artículo, representa las grandes habitaciones del palacio de S. A. I. El lápiz y el buril hacen mucho mas, en semejante caso, de lo que podria hacer la pluma; y por lo tanto seria ocioso que nos convirtiéramos en cicerone dentro de esa ostentosa morada, donde todo, lo mismo en el conjunto que en los detalles, respira el buen gusto de la mujer y de la artista. Nuestro dibujante ha trazado con toda exactitud la vista de esos ricos salones del piso bajo, con sus muebles, sus objetos de arte, sus estatuas, sus cuadros, que se destacan en las paredes. Todos esos lienzos son famosos, y forman un museo elegido entre las obras mas notables de las últimas exposiciones. Sus autores se encuentran en la reunion; y los artistas reciben allí los honores de sus propias obras.

Este carácter de espíritu protector, benévolo, da á los favorecidos, con la intimidad respetuosa de S. A. Impe-



AUS ANASTASIN PAUDUCT

Recepciones de S. A. I. la princesa Matilde. — El salon de Conversacion.

1854

rial, toda la libertad de su pensamiento y de su palabra.

Entre estos hombres ilustres en las artes y en las letras, entre estos soberanos de la crítica y de la ciencia, ¡qué de problemas se han propuesto, qué de problemas se han resuelto en esas conversaciones familiares que se animan al choque de la idea opuesta y de la contradicción, y á la cual la simpatía comunicativa de una inteligencia femenina viva y firme da mas vida y calor aun!

En los dias de grandes recepciones, en ese conjunto de elementos demasiado heterogéneos para concentrarse en un solo punto, los grupos se forman, el salon se subdivide, digámoslo así, y cada cual acude adonde le llaman las tendencias de su espíritu; este á las intimidades políticas, aquel á las conversaciones artísticas y literarias. Muy luego toda esta elegante concurrencia de señoras y caballeros se dirige y se concentra en el gran salon. Se han oido los primeros acordes del piano, y por todas partes se establece el silencio: el interés no está ya en las cuestiones políticas pendientes, en la comedia de la víspera, en la novela del dia, en el cuadro en boga, sino que la atención se fija entera en Mozart, en Beethoven ó en Mendelssohn, en esos cuartetos interpretados por los Sauzay padre é hijo, y por Franchomme, con ese cuidado, ese talento que hace la ejecución perfecta. Hé aqui el concierto en el que toman parte Saint-Saens, Bizet, Dorus, esos nombres queridos del público parisiense; luego aparece algun artista extranjero, que recibe de esta concurrencia selecta una acogida correspondiente á su nombradía.

Después vienen los artistas de teatro: las señoras Carvalho y Nilsson, los señores Delle-Sedie, Herman Leon, Naudin. Algunas personas del mundo aristocrático figuran igualmente en estas fiestas musicales, como verbigracia, la hermosa y afable señora Bouchet, voz encantadora que suspira un sentimiento delicado; la señora de Grandval, cuyas notables composiciones se aplauden en todos los salones de Paris; M. de Menars, que tiene una hermosa voz de tenor y canta con maestría.

Las funciones dramáticas tienen tambien sus noches, y consisten en algun proverbio inédito, algun acto del repertorio en boga, que desempeñan artistas del Teatro Francés con esa superioridad que solo ellos conocen.

Tal es este salon abierto á todas las cosas de la inteligencia y de las artes, que ocupa el primer puesto en la historia de la sociedad parisiense de nuestros dias, y que exigiria un cuadro en vez del boceto que acabamos de trazar en estas líneas. H. L.

Las estatuas

DE LOS PLANTAGENETS EN LA ABADÍA DE FONTEVRAULT.

El dibujo que damos en este número, y que representa la estatua de Leonor de Guiena, no ha podido ejecutarse sin vencer grandes dificultades. Estas estatuas se hallan, con efecto, sobre los sepulcros de los Plantagenets, construidos en las bóvedas de la abadía, y la piadosa manifestación que acaba de hacerse en favor de la conservación de estos monumentos, dice bastante qué obstáculos M. Le Roche ha debido superar para fo-

tografiar, especialmente para nuestro periódico, esta estatua de la esposa de Enrique II.

Estas estatuas de los Plantagenets, que desean llevarse los ingleses, á lo que se opone la Francia, son cuatro, á saber: Enrique II, Ricardo Corazon de Leon, Leonor de Guiena é Isabel de Angulema.

Enrique II murió en Chinon en 1189, en el exceso del

carrera en esta abadía, donde fué enterrada el 13 de marzo de 1204.

Isabel de Angulema, esposa de Juan sin Tierra, y después condesa de La Marche y de Tolosa, por su enlace con Hugo de Lusignan, no murió en Fontevault, pero llevó allí su cuerpo su hijo Enrique III, quien ordenó que tambien su propio féretro tuviese sepultura en la abadía.

Estas cuatro estatuas coronadas tienen una actitud serena y majestuosa, y recuerdan las figuras que adornan las portadas de las catedrales. Los dos reyes tienen el brazo izquierdo caído hácia el muslo, y el derecho levantado sobre el corazon. Isabel tiene sus manos cruzadas sobre el pecho. El dibujo que damos permitirá á nuestros lectores apreciar el carácter artístico de estas esculturas.

Desde su instalación en las bóvedas de la abadía, estas estatuas han ocupado ya mas de una vez la atención pública. En 1793, las tumbas fueron indignamente violadas, y desde aquella profanación el corazon de Ricardo Corazon de Leon pasó á Inglaterra, donde se halla en el dia.

En 1817 tuvo lugar la primera tentativa para sacar de Francia estas estatuas. La Restauración, que debía tanto á la Inglaterra, quiso manifestar su gratitud al príncipe regente proponiéndole estas preciosas reliquias. M. de Richelieu escribió á M. de Wismes, prefecto, para darle parte de este proyecto de traslación de las estatuas de Fontevault á Westminster; mas en presencia de las vivas protestas que surgieron en nombre del interés arqueológico, de la historia y del sentimiento nacional, el gobierno no insistió, y la Francia conservó sus monumentos.

Tambien el gobierno de Julio, con la idea de dar mas realce á estos recuerdos de la historia de Francia, turbó el silencio religioso de las bóvedas de Fontevault, é hizo transportar á Versalles las cuatro estatuas. Pero la opinión pública siempre ha protestado contra estas traslaciones contrarias al respeto que se debe á la voluntad de los difuntos. Después de 1848, la diputación de Maine y Loira reclamó las estatuas, y bajo el ministerio de Dufaure y Falloux, fueron restituidas á la abadía de Fontevault, con gran aplauso de las poblaciones del Anjou.

El recuerdo de estos preciosos restos del arte del siglo XIII, acaba otra vez de agitar los ánimos en ambos lados del estrecho de la Mancha. Según las declaraciones hechas en la Cámara de los comunes el 9 de marzo por lord Stanley, el emperador, con la cortesía que siempre ha demostrado en sus relaciones con la Inglaterra, ha escrito á la reina Victoria, ofreciéndola las estatuas de los Plantagenets.

Esta noticia ha producido en Francia, y principalmente en el Anjou, una impresión muy desagradable. Las autoridades de Maine y Loira, los diputados, las corporaciones científicas del Oeste y la Academia de Bellas-artes, han elevado las mas enérgicas reclamaciones. Una consulta redactada por el foro de Angers, y á la que han prestado su adhesión los señores Allou, Berryer, Dufaure y Marie, establece categóricamente que estos monumentos representan una propiedad nacional de que solo el país puede disponer. Las tumbas, decía la ley romana, son cosas



Las estatuas de los Plantagenets en la abadía de Fontevault. — Leonor de Guiena.

dolor que le causó la muerte de su hijo. Su cuerpo fué sepultado en la abadía de Fontevault.

Ricardo Corazon de Leon, su hijo, herido en el sitio de Chalus, y muerto el 6 de abril de 1199, á consecuencia de esta herida, fué igualmente enterrado en Fontevault.

Leonor de Guiena, esposa de Enrique II, concluyó su

cas del Oeste y la Academia de Bellas-artes, han elevado las mas enérgicas reclamaciones. Una consulta redactada por el foro de Angers, y á la que han prestado su adhesión los señores Allou, Berryer, Dufaure y Marie, establece categóricamente que estos monumentos representan una propiedad nacional de que solo el país puede disponer. Las tumbas, decía la ley romana, son cosas

religiosas, y por lo tanto inviolables. A esto añadiremos que la *Union del Oeste* ha publicado una carta de M. Segris, diputado por Maine y Loira, á la Sociedad de agricultura, ciencias y artes de Angers, en la cual « cree poder asegurar que si no se obtuviera una solucion completamente satisfactoria por las vias diplomáticas, no se dispondrá de las estatuas, sin que antes se someta un proyecto de ley sobre el asunto al Cuerpo legislativo. »

H. V.

Revista de Paris.

Ocho dias mas y daremos cuenta á nuestros lectores de la inauguracion de la Exposicion universal de 1867. Desde luego, lo que ya podemos decir es que los parisienses se preparan á solemnizar este acontecimiento que tendrá lugar el lunes próximo 1º de abril, no obstante los agoreros que nos anunciaban su aplazamiento para dentro de uno ó dos meses. Seguramente, no todo estará dispuesto para ese dia; pero el caso es que el palacio se abrirá y se continuará el arreglo de los productos á la vista del público. Poco mas ó menos, lo mismo sucedió en 1855.

De dia en dia se esperan ya en Paris las visitas de soberanos y príncipes anunciadas. Parece ser que el príncipe Humberto abrirá la marcha, y se añade que no es exacto que el emperador de los franceses haya invitado al príncipe á hospedarse en Tullerías. La presencia simultánea de varios príncipes extranjeros para la apertura de la Exposicion universal no habria permitido ofrecerles la hospitalidad en palacio, y así es que todos indistintamente ocuparán habitaciones particulares. El príncipe Humberto se hospedará en el Gran Hotel, porque el local de la legacion italiana no es bastante espacioso para dar albergue al príncipe con su séquito.

Anúncianse igualmente las visitas del conde de Flandes, el príncipe real de Prusia, el príncipe de Orange, el príncipe Oscar de Suecia, el hermano del virey de Egipto, y el del taicun del Japon. En la misma época llegarán tambien á Paris los reyes de Portugal, y para que nuestros lectores se formen una idea del precio que han tomado ya las habitaciones, diremos que estos soberanos portugueses pagarán mil cuatrocientos francos diarios por el segundo piso de la fonda de Bristol en la plaza Vendôme.

Esto es lo terrible que ofrece la famosa Exposicion para los habitantes de Paris. Todos los artículos de primera necesidad suben de precio de un modo exorbitante, poniendo en un duro trance á las familias de la clase media, y en los apuros mas angustiosos á las masas de trabajadores. Todo se vuelven ayes. Los empleados de las oficinas del gobierno, de las compañías de ferro-carriles y de los establecimientos privados, piden un aumento de sueldo mientras dure la invasion de visitantes que nos amaga. Si entráramos á detallar precios, nuestros lectores se horrorizarían; pero corramos un velo sobre esta cuestion para no espantar demasiado á los que preparan ya sus maletas de viaje.

Justo es decir que el gobierno trata de hacer cuanto puede por proporcionar casa y comida á precios módicos á las personas que, sin esta seguridad, no se atreverían á poner hoy los piés en la capital de la Francia. En primer lugar las compañías de los ferro-carriles rebajarán un cincuenta por ciento en los trayectos cortos, y un sesenta y tantos en las largas distancias, en favor de los que vengan á Paris este verano con motivo de la Exposicion; y luego á su llegada, encontrarán tarjetas donde se indicarán los puntos en que podrán hallar hospedaje por un franco ó dos diarios y un restaurant al mismo precio.

Todo esto se necesita cuando tenemos en perspectiva irrupciones como, verbigracia, la de los orfeones del continente convocados todos ellos para un inmenso concurso que ha de tener efecto del 20 al 25 de julio. Dicese que vendrán sociedades de Suiza, de Bélgica, de Alemania, etc., para disputarse los premios. ¿Dónde se albergarán veinte ó treinta mil hombres? Se necesita un campamento, y no hay duda que se levantará con todos los requisitos convenientes.

Luego habrá los artistas de todos los paises que han de funcionar mientras dure la Exposicion en el teatro Internacional situado en el Campo de Marte, y cuya construccion está ya concluida. Este teatro tiene 1,300 asientos cómodos y espaciosos y grandes salas de descanso. El objeto de haber construido este teatro ha sido el de poder ofrecer á todos los célebres artistas extranjeros un sitio digno y conveniente donde dejarse oír. Al lado de las celebridades de los demás paises figurarán tambien las de Francia. Artistas franceses hay contratados ya bastantes, entre los cuales figuran M. Baynal, baritono que ha cantado en el Teatro Lírico; Mlle. Vois, que en la actualidad canta con mucho éxito en Toulouse, y un excelente cuerpo de baile que será dirigido por M. Chapuy, uno de los mejores bailarines del teatro de la Grande Opera.

A propósito de teatros, tenemos que consagrar esta semana una buena parte de nuestra revista al del Gimnasio.

Hace años ya no se habia visto en Paris un triunfo teatral tan considerable como el que está obteniendo Alejandro Dumas hijo, con su nueva comedia titulada *las Ideas de Madame Aubray*. La opinion del público es unánime. El entusiasmo de la primera noche no decae en las representacio-

nes subsiguientes; la prensa entera canta un himno de alabanza en honor del autor, y en suma, hoy por hoy, el hijo de Alejandro Dumas es el primer dramaturgo de la época. Convenimos en la importancia de la obra, y por lo tanto nos vamos á ocupar de ella detenidamente.

¿Quién es esta señora Aubray, y cuáles son sus ideas? La señora Aubray, es viuda con un hijo, Camilo, á quien ha infundido desde su niñez los principios de una educacion moral y religiosa. Dedicada á obras de caridad, no se ha contentado con hacer de su hijo un dechado de todas las virtudes, sino que á mayor abundamiento se consagra con incesante afán á socorrer cuantos infortunios encuentra en su camino. La señora Aubray ha fundado una casa de huérfanas donde recoge á todas las jóvenes pobres, para impedir que se pierdan en el mundo. Su vida toda es un continuo sermón encomiando la práctica de lo bueno, y lo que es mas notable aun, acompaña con ejemplos sus predicaciones.

Al levantarse el telon nos encontramos en un casino de baños de mar, donde la viuda observa á una joven, cuyo nombre se ignora, y que vive muy retirada con un niño de cinco ó seis años.

Desde luego la señora Aubray comprende que en la joven solitaria hay algun misterio; que quizás en este misterio se envuelve algun dolor y que, por consiguiente, su estancia en los baños de mar puede ser provechosa. Las relaciones se entablan luego; mas no obstante sus indiscreciones, no consigue arrancar á la desconocida el secreto de existencia.

Sin embargo, no es mujer que se desanima fácilmente.

— Esta noche os espero en mi casa, la dice.

La joven promete asistir á la reunion; pero á punto de concluirse el acto, aparece en el fondo un personaje de aspecto siniestro que dice á la madre del niño con una voz imperiosa:

— Quiero veros esta noche á las diez.

— No faltaré, contesta la joven.

En el acto siguiente la desconocida se presenta en casa de la señora Aubray á disculparse por no haber asistido á su reunion en la noche anterior y á decirle que viene á despedirse.

Esta es una de las escenas capitales del drama. La señora Aubray, que conoce se le escapa la presa, la apremia con preguntas, y la joven concluye al fin por referir su lamentable historia.

Jeannina, que este es su nombre, declara terminantemente que no quiere entablar relaciones que un dia habrian de romperse.

— ¿Y por qué?

— Porque vos misma me cerrarías la puerta.

— ¿Conque ese niño...?

— No tiene otro nombre que el de Gaston... Su padre no es mi marido.

— Pero lo puede ser.

— No, señora, está casado con otra, y nunca me prometió casarse conmigo.

— ¿Y cuáles son vuestros recursos?

— Los que él me pasa.

La señora Aubray comprende á duras penas lo que está oyendo.

— ¿Sin duda amais á ese hombre? le pregunta.

— No, señora.

— ¿Le habeis amado?

— No.

Aquí la señora Aubray se queda atónita, y su asombro llega al colmo cuando prosiguiendo el interrogatorio, Jeannina la declara que el único sentimiento que la inspira su seductor, el hombre que la ha abandonado con su hijo para casarse con otra, es el de la gratitud. ¡Palabra extraña que la hace pensar un momento si aquella joven estará loca!

Pero no; Jeannina representa una clase de mujeres mas numerosas en Paris de lo que es posible imaginarse: oigamos su triste historia.

Jeannina es una hija del pueblo que fué criada por una señora de la alta aristocracia, atacada de una enfermedad mortal que podia conjurarse, en opinion de los facultativos, si daba de mamar á una criatura recién nacida: ahora bien, como criando á su propio hijo habria podido legarle esta enfermedad terrible, tomó á Jeannina, por lo cual recibieron sus padres una suma que les sacó de la miseria durante cierto tiempo. Sin embargo, esto se concluyó, y otra vez la familia se encontró en apuros. Habiéndose quedado sola Jeannina con una madre anciana, conoció al hijo de su casero, que reunia todos los hechizos de la juventud y de la fortuna. Este fué su seductor. Todo se hallaba dispuesto en derredor de la joven para el mal; ella cometió la falta naturalmente, fatalmente, y por eso no acusa á nadie. Tuvo un hijo, y se consideró feliz siendo madre. El padre de este hijo se casó, y Jeannina, que ni ama ni aborrece á este hombre, comprendió que debía hacerlo así, pues ella no pertenece á una familia ni á una clase en donde los hombres como él acostumbran á tomar esposa. Habiéndola señalado lo necesario para que pueda llevar una vida holgada con su hijo, está muy agradecida á sus bondades.

La señora Aubray, enternecida con esta confesion, se propone salvar á Jeannina. A sus ojos, esta no es culpable de su falta; ha pecado sin saberlo, y en medio de su deshonra ha conservado intacta la pureza de su corazón.

Justamente, entre los personajes del mundo fashionable que se pasean por la playa, se cuenta un tal Valmoreau, que por capricho ha seguido á Jeannina hasta los baños de mar; Valmoreau es un libertino, pero en el fondo no es un mal muchacho, y la viuda piensa que su casamiento con Jeannina será una expiacion de sus calaveradas.

Valmoreau resiste, como es de suponer, á semejante enlace, no obstante las excelentes razones de la señora Aubray, apoyada en esta ocasion por su hijo Camilo, que abunda en sus mismas ideas acerca del asunto.

Esta escena está preparada con un arte admirable. Todo cuanto en ella se dice por la señora Aubray en favor de tan desatinado casamiento, se va á aplicar seguidamente al propio hijo de la viuda, que está enamorado de Jeannina y guarda su secreto.

Jeannina queriendo rehabilitarse, segun lo convenido con la señora Aubray, rompe sus relaciones con su seductor; y este viendo que Jeannina se escapa de sus manos, la ofrece el reconocimiento de su hijo. La pobre madre accede, y entonces él lo primero que hace es arrebatar al niño para obligarla á ella á someterse. Al ver esto, la madre furiosa se arroja sobre aquel hombre y le hace huir de su presencia. El niño se ha desmayado, y á sus gritos aparece Camilo, que exaltado por la conmocion, la declara su pasión y la pide su mano.

Jeannina, arrodillada delante de su hijo, solloza con aquellas palabras de amor que tan suavemente resuenan en su oído.

— Decídselo á vuestra madre, exclama; yo haré lo que ella, decida.

Entramos en la situacion capital del drama. La señora Aubray tiene que poner en práctica sus ideas: el matrimonio que aconsejaba á Valmoreau, debe efectuarse con su hijo.

Cuando Camilo la pide su consentimiento, la señora Aubray, como si sintiera la picadura de una víbora, se levanta diciendo:

— ¡Jamás! ¡Ese enlace es imposible!

¡Ah, las preocupaciones sociales que tanto ha criticado, se levantan ahora delante de ella, y ella se inclina ante su poderío! En un segundo los principios que toda su vida la han dominado, ceden el puesto al cariño maternal; que Valmoreau se case con Jeannina, en hora buena; pero ¿su hijo? ¡Imposible, imposible!...

Sin embargo Camilo insiste, y cada argumento, repeticiones todos ellos de lo que ha oído á la señora Aubray, es una puñalada para aquella madre inconsecuente, como lo es la naturaleza humana cuando se encuentra en tales situaciones.

Jeannina viene en su ayuda, y se ofrece en sacrificio.

— No he dicho toda la verdad, exclama en un esfuerzo supremo; he tenido otros amantes... he cometido otras faltas... soy una mujer cualquiera que se vende á todo el mundo...

La escena es decisiva. La señora Aubray corta la palabra á Jeannina, diciendo á Camilo:

— Miente, miente, hijo mio; te doy permiso para que te cases con ella.

Tal es el argumento apenas delineado en este breve análisis, argumento que está dando margen á una reñida discusion entre los críticos parisienses. Desde luego el mérito de la pieza como obra literaria, no se pone por nadie en tela de juicio; muy al contrario, como hemos dicho ya, todos convienen en que rara vez el talento de un autor dramático ha sabido combinar una accion mas interesante, esmaltándola de pormenores que hacen de ella una obra perfecta. Lo que presta materia á controversia, es la idea madre que, en opinion de la critica, tiende á zanjar una de las cuestiones sociales mas escabrosas, á saber: la rehabilitacion de la mujer culpable, y mas aun, su entrada, por medio del matrimonio, en el seno de una familia virtuosa. No hay duda que bajo este punto de vista surgen abundantemente las razones en contra; pero ¿debemos dar semejante importancia á una comedia, aun cuando esta sea la primera de todas las que se han escrito en nuestro tiempo? En nuestro sentir, esa idea tan trascendental que se atribuye al autor, es puramente gratuita. Alejandro Dumas, hijo, con el discernimiento teatral que le caracteriza, ha visto que el público está cansado de las *Damas de las Camelias*, y cambiando de rumbo, ha querido ponerse á la cabeza de un movimiento en sentido contrario. El público ha coronado su tentativa con un éxito completo. Ahora, en cuanto á la razon del drama, si ciertamente seria absurdo que el casamiento de Jeannina y Camilo se efectuase solo por llevar á la práctica las filantrópicas teorías de la señora Aubray, no lo es cuando se considera que Camilo y Jeannina se aman. Lo único que quizás podria decirse aquí como un cargo contra Alejandro Dumas, es que esta pasión no se halla acusada suficientemente, para que se excuse y se aplauda semejante enlace.

En cuanto al desempeño, la compañía del Gimnasio se muestra incomparable. Mlle. Delaporte ha alcanzado un triunfo sin igual en el papel de Jeannina, y madama Pasca tiene las maneras secas y contundentes que convienen á una reformista de las costumbres humanas. Un actor de los mas notables que hay en Paris, Arnal, la secunda admirablemente haciendo un personaje del que no hemos hablado en nuestro análisis, porque no se liga con la accion principal del drama. Es un marido separado de su esposa, y consagrado al servicio de la señora Aubray en cuanto tiene relacion con las obras de beneficencia: él coloca billetes para las rifas filantrópicas, busca suscripciones para las huérfanas, apoya las amonestaciones de la viuda á los que se extravían en el camino de la virtud, y de cuando en cuando protesta con un epigrama contra la aplicacion de ciertas teorías que le parecen demasiado aventuradas en la práctica. En suma, este personaje constituye una creacion muy feliz, aunque, como hemos dicho, de una importancia secund-

daria. El papel de Valmoreau, el joven que corre el mundo en busca de aventuras amorosas, tiene un excelente intérprete en Porel, y finalmente, si algún actor deja algo que desear en esta comedia, es Berton, que hace de Camilo, sin la energía y el calor que en los momentos decisivos requiere el personaje. No obstante, no es esto decir que Berton sea una mancha en tan bello cuadro.

MARIANO URRABIETA.

Estudios de historia natural.

PÁGINAS SUELTAS.

(Continuacion.)

Llega el ejército de las legionarias ó amazonas, y se para un instante para descansar y esperar su retaguardia; y aprovechando este corto intervalo las minadoras, se parapetan y hacen sus preparativos para la defensa. Dase la señal de un asalto general, y hay que ver el encarnizamiento de los sitiadores, la espantosa refriega y el desesperado valor de los sitiados; pues es un espectáculo sublime y terrible á la par, como dicen los historiadores, el de dos naciones que han llegado á las manos por intereses de gloria y libertad. Algunas veces son rechazadas las amazonas, y vuelven entonces á sus dominios con la mayor confusion; mas al dia siguiente restablecen el orden en el ejército, y vuelven al ataque con nuevo ardor. Si penetran en las filas de las minadoras, se retiran estas á sus oscuras galerías, y persiguiéndolas allí los enemigos, la derrota se vuelve general. Las amazonas penetran en los almacenes que saquean, y luego en el hospicio de donde sacan todas las larvas y las ninfas para llevárselas consigo. Cuando ha cesado por fin el pillaje, se vuelven á reunir en masa; y emprenden la marcha en el mismo orden que á la ida, llevándose en trofeos su botín y los hijos en pañales que destinan al cautiverio. Raras veces conducen prisioneros consigo, sin duda porque, habiendo estos disfrutado de las delicias de la libertad, podrian sembrar y propagar entre sus siervos doctrinas liberales, y ocasionar revoluciones, ó á lo menos peligrosas revueltas.

Llegados á sus estados, depositan los niños en el hospicio, barajándolos con los propios. La educacion de unos y otros está exclusivamente encargada á otras minadoras educadas en la esclavitud, que fueron arrancadas de sus hogares del mismo modo. Habitadas desde mucho tiempo al cautiverio, no hacen esas ilotas diferencia entre los cuidados que prodigan á los hijos de su raza y color, y los que dan á los de sus vencedores. Además trabajan en todas las obras del interior, pues nunca componen parte de las expediciones en el extranjero. Lo mismo sucedia poco mas ó menos con los ilotas de Lacedemonia y los esclavos de Roma.

No son las amazonas las únicas hormigas que hacen esclavos, pues las sanguíneas (*Formica sanguinea* Latr.) acometen y se apoderan asimismo de las minadoras y de las negro-cenicientas (*Formica fusca*, Latr.)

Ya que las hormigas nos han conducido al capítulo de la guerra, es menester que hable de otro pueblo republicano tan singular como aquel, y mucho mas hábil arquitecto que el tan celebrado castor. Ya adivináis quizás que voy á hablar de los térmes belicosos ó termitas (*Termes capensis*, Latr.), que se encuentran en las laderas del Senegal y del cabo de Buena Esperanza.

Tienen esos insectos mucha analogía con las hormigas; viven como ellas en sociedad compuesta de tres órdenes de individuos, que son los machos y las hembras, que están provistos de alas y no trabajan; las larvas ó trabajadoras, que se les parecen bastante, pero que carecen de alas, tienen la cabeza mediana y unas mandíbulas conformadas de modo que cogen y acarrear los cuerpos; pero tan débiles que no son idóneas para el combate; tampoco tienen alas ni trabajan los neutros ó soldados, pero pelean para proteger y defender á los otros, y son mucho mas gruesos. Su cabeza es grande, está armada de fuertes mandíbulas, arqueadas y cruzadas una sobre otra y muy puntiagudas; cuando cogen un enemigo mucho mayor que ellos, le agarran de tal modo con aquellos formidables garfios, que solo á pedazos se les puede arrancar. Por lo demás, en una habitacion hay siempre cien obreros por cada soldado.

La habitacion de los térmes belicosos es una verdadera fortaleza, capaz de resistir á los esfuerzos de los mayores animales. Tiene la forma cónica de un pan de azúcar, elevándose de diez á doce piés sobre el nivel del suelo; el exterior consiste en un ancho casquete parecido á una cúpula, muy sólido y del tamaño necesario para proteger el interior contra la intemperie. El edificio está dividido en muchísimas piezas. Al nivel de la superficie del suelo á corta diferencia, y perpendicularmente debajo de la cúpula, se encuentra un cuarto espacioso ocupado por los machos y las hembras, en cuyos alrededores están colocadas simétricamente unas celditas de una pulgada á lo mas, con paredes hechas de pedacitos de madera pegados con goma, alojándose en esas celdas los huevos y los obreros durante su primera infancia. Los otros aposentos consisten en almacenes continuamente llenos de provisiones de goma y jugo de ciertas plantas. Todos los cuartos tienen una puerta que da á las galerías, las que se comunican y

dilatan hasta el casquete superior. Las calles, abiertas en los bajos de la habitacion, descienden por debajo tierra hasta la profundidad de tres ó cuatro piés; tienen de ancho hasta cinco pulgadas, y sirven á los obreros para trasportar la arena fina, con la cual construyen todo el edificio. Comunicanse allí tambien las galerías subterráneas que conducen al campo; pues si se exceptúan las poternas que están á alguna distancia de la fortaleza, esta no ofrece abertura aparente.

Todo se hace con el mayor orden, y siguen una severa disciplina. Cuando llega la hora de ir á los viveres, salen los térmes unos tras otros, pero con velocidad, y se reúnen en gran número á dos ó tres piés de distancia de la poterna. Allí siguen un orden de marcha; los artesanos se colocan en filas cerradas, de doce á quince de frente, perfectamente alineados, y algunos soldados hacen las veces de sargentos. Los coroneles y generales están apostados sobre hojas que tienen de ocho á nueve pulgadas de elevacion sobre el suelo, desde donde inspeccionan y mandan el ejército. Hé aquí de qué modo: De repente dan con sus piés un golpe sobre las hojas, y al momento soldados y obreros responden con un silbido semejante al de una serpiente, poniéndose entonces en movimiento la columna con el mayor orden sin romper sus filas. Los oficiales superiores cogen la delantera, y subiendo de vez en cuando encima de las hojas, vuelven á dar golpes con los piés. Cada vez responde el ejército con un nuevo silbido, y unas veces aumenta la velocidad de la marcha, otras se para súbitamente la columna, sin duda segun las órdenes que recibe. Llegados á su destino, todos se ponen á trabajar con ahínco para recoger las provisiones, y si acaso algún artesano se deja llevar de la pereza, le obligan á trabajar los soldados que desempeñan entonces el oficio de vigilantes. Cuando cada cual tiene su carga de botín, el ejército vuelve á ocupar sus filas y regresa á su habitacion.

Cuando los machos y las hembras están en estado de aparejarse, salen á dar su vuelo por la tarde ó durante la noche; pero al salir el sol, se les secan las alas y caen por el suelo; en él perecen los machos, pero los soldados recogen á las hembras, pues van en busca suya, y las conducen á la fortaleza para que pongan allí sus huevos antes de morir.

Si atacan el alcázar de una república de térmes, al punto los obreros se retiran al fondo de su retrete, y los soldados se arrojan á la brecha para defender la entrada. Por grande que sea el número ó la fuerza de sus enemigos, nunca ponen los piés en polvorosa, pues antes se dejan matar que abandonar el puesto ó dejar de combatir.

Hasta aquí he dado á conocer animales cuya lealtad y denuedo en la guerra podria servir de dechado á una especie que se llama racional, á pesar de haber inventado la bomba y el cañon. Veamos ahora si los hallaremos que reúnan la astucia á la violencia para salir triunfantes en los combates. Cierto que puede llamarse egoistas á los que solo pelean para sí, á los que, ajenos del desprendimiento y la gloria, no conocen mas que el interés privado y la crueldad, únicas causas de su intrepidez.

No es nuestro intento hablar de aquellos enormes boas, ni de aquellos pitones de cuarenta piés de longitud, que con la cola enroscada al rededor de un tronco de árbol, y el cuerpo fluctuando sobre el agua, en una balsa, esperan que una infeliz gazela vaya á apagar su sed, para sorprenderla envolviéndola en las horribles roscas de su escamoso cuerpo, quebrantarle y romperle los huesos, machacándolo contra el tronco de un árbol, y tragarla entera en su monstruoso estómago. Tampoco hablaremos de aquellas culebras de cascabel, de aquellas cerastes cornudas, cuyo diente ahuecado en forma de canal inculca en la mordedura un veneno que mata en pocos minutos. Pasaremos por alto otros mil animales que, para apoderarse de su presa, solo echan mano de la fuerza y la perfidia; pues lo que queremos son astucias infernales, asesinatos monstruosos, fantásticos, tales como se ven en algunas novelas y dramas románticos.

Desde luego columbramos á través de las olas del Mediterráneo un pez maravilloso que, antes del combate, por un efecto mágico, pone á su víctima fuera de estado de resistirle. Ese pez es el torpedo comun (*Torpedo narke*, Cuv.), tan célebre entre nuestros navegantes. Su cuerpo, chato y corto de cola, afecta la forma de un disco, pues entre los pectorales, la cabeza y las agallas, tiene un aparato tan raro por su forma como por su uso; el cual consiste en una serie de tubos mas ó menos angulosos, en número de mas de dos mil cuatrocientos, colocados verticalmente unos al lado de otros, llenos de mucosidad, y el todo envuelto en una fuerte membrana. Este aparato es una verdadera máquina eléctrica de tal fuerza, que da á los que tocan ese pez una conmocion capaz de adormecer el brazo del hombre mas robusto. Los torpedos se acercan muy despacio á su presa, teniendo mucho cuidado de no asustarla; luego la tocan, y al instante pierde esta el sentido en términos de no poder huir ni defenderse. Entonces se echan sobre el pobre animal, que hace varios esfuerzos, y lo devoran vivo.

En las aguas del Nilo y del Senegal vive el siluro eléctrico (*Silurus electricus*, Lin.) denominado *raasch* por los árabes, ó pez rayo, porque tiene la misma facultad que el torpedo, pero en mayor grado.

En las aguas de la América meridional se encuentra un saltador mucho mas portentoso, que realmente dirige el rayo á medida de su gusto. Es este el gimnótes eléctrico (*Gymnotus electricus*, Lin.), que tiene seis

piés de longitud, y es bastante parecido á una anguila, pero debajo de la cola tiene cuatro haces lamelosas y membranosas, arma terrible contra la que nada pueden la inocencia, el valor, y hasta la misma fuerza. Emboscado como un vil asesino detrás de una roca ó de una mazorca de algas, aguarda el gimnótes que pase á alguna distancia un pacífico habitante de las aguas. Al momento que le ve, apercebe su arma funesta como el bandolero que prepara el fusil, apunta, dispara, y la flecha de fuego, tan rápida como una bala, silba por las aguas, hiere la víctima, y la mata aun antes que haya tenido tiempo para resistirse.

El que tiene la imprudencia de tocar el gimnótes cogido en las redes, recibe una conmocion eléctrica tan violenta, que basta para derribar á un caballo, y deja muertos en pié á los animales de menor tamaño. Lo que mas sorprende es que se vale de ese poder segun su albedrio y á mucha distancia, y que puede dirigir sus golpes á un objeto determinado.

El quelmon con pico (*Chatodon rostratus*, Cuv.) y el arquero (*Toxotes jaculator*, Cuv.), que habitan en los profundos mares del Oriente, no tienen el arma terrible de los torpedos y de los gimnótes, pero saben asimismo detener su presa, y á falta de rayo, le lanzan un chorro de agua. Los primeros tienen el hocico salido en forma de pico estrecho; nadan en la superficie del agua, y cuando ven volar un insecto á poca distancia, se llenan la boca de agua, le apuntan su agudo pico, le arrojan algunas gotas de agua que le mojan las alas, y haciéndolo caer lo devoran. Ejecutan los arqueros la misma maniobra, á pesar de tener obtuso el hocico y achatado horizontalmente. Estos peces ofrecen además la rareza de dar gritos cuando los sacan del agua.

El diablo de mar ó galanga (*Lophius piscatorius*, Lin.) tiene la cabeza ancha, deprimida, espinosa, provista por la parte superior de algunos radios delgados, libres y móviles, de la magnitud de un fuerte tubo de plumas de pollo. Su boca es muy grande, y está armada de afilados dientes, y la quijada inferior guarnecida de barbillas. Este péfido animal se hunde en el fango y se esconde de modo que no puedan verle los otros peces. Solo deja descubiertos sus radios y barbillas que mueve suavemente, para darles la apariencia de gusanos; engañados los peces por cebo tan seductor, se agolpan en derredor de él procurando coger los supuestos gusanos. Abalanzase entonces el diablo, y devorando á cuantos puede coger, va á tender otra emboscada á algunos pasos de allí.

Los quironectes (*Antennarius*, Cuv.) no tienen la ligereza y astucia de los precedentes, y si no supiesen aprovecharse de sus ventajas, con dificultad se apoderarian de los pececillos, de los insectos y langostinos de que se alimentan. Tienen el cuerpo y la cabeza comprimidos, la boca hendida verticalmente, y poseen la singular propiedad de hincharse como un globo aerostático, llenando de aire su enorme estómago. Por la noche salen del agua durante la baja mar, y se pasean por la arena de la ribera por medio de sus dos nadaderas pectorales que hacen veces de manos, y de las dos ventrales que reemplazan los piés. Así visitan todos los agujeritos en que la marea dejó agua, y se apoderan de los insectos y pececillos que se escondieron en ellos, volviendo á entrar en su elemento antes de amanecer.

Muchas veces se valen las arácnides de mañas admirables para apoderarse de su presa; pues dejando aparte aquellas telas con tanto arte tendidas para coger moscas, obsérvense cuando un grande insecto atolondrado se precipita en su red. No atreviéndose á acometerle de frente, porque su fuerza iguala ó supera la suya, y quizás lleva un aguijón cuyas picaduras son mortales, se le acerca vacilando, luego le enreda en hilos sedosos que le cogen las alas, las patas, y en breve el cuerpo entero, de modo que le imposibilitan todo movimiento. Despues de sujetado con las mil vueltas de un lazo fatal, nada tiene ya que temer, y se precipita sobre él para devorarlo sin temor y sin peligro.

Las arañas cazadoras no fabrican tela, y van merodeando en busca de su presa, á la que acometen al modo de los grandes mamíferos carnívoros, y su astucia en acercarse, la audacia y el valor con que se abalanzan sobre ella, recuerdan las costumbres y hábitos de los tigres, de las panteras y jaguares. ¿Qué sucede cuando una araña-loba ve una gruesa mosca á alguna distancia? Se achica para no ser vista, se baja al momento doblando sus largas patas, y queda inmóvil un instante; á poco rato va andando lentamente, volviéndose á parar siempre que la mosca hace un movimiento equivoco, y solo continúa su marcha insidiosa cuando la cree segura. No avanza en línea recta, sino bordeando; y aprovechándose de todos los accidentes del terreno, de una piedra, de una hoja, de un tallo de yerba, se oculta, acercándose sin ser vista. En fin, cuando está á ocho ó diez pulgadas, se para á medir el golpe, y luego dando un prodigioso salto, se abalanza sobre su presa, y al momento la hace pedazos.

Ya conoceréis los curiosos embudos que ha excavado la hormiga leon en la arena movable, y escondiéndose en su fondo, aguarda que una hormiga se precipite en él desmoronando sus materiales, para cogerla con sus cuernos, llevársela y devorarla. Este ejemplo de astucia no es nada en comparacion del lazo tendido por la larva de un insecto de que voy á hablar.

La cicindela campestre (*Cicindela campestris*, Lin.) es en verano bastante comun por todas partes, y gusta en particular de los parajes secos y áridos, ó de la orilla de los arenales. Es un lindo coleóptero de seis líneas de largo, de un verde de prado un poco cobrizo, con cinco puntos blancos en cada élitro ó estuche. Su larva, así

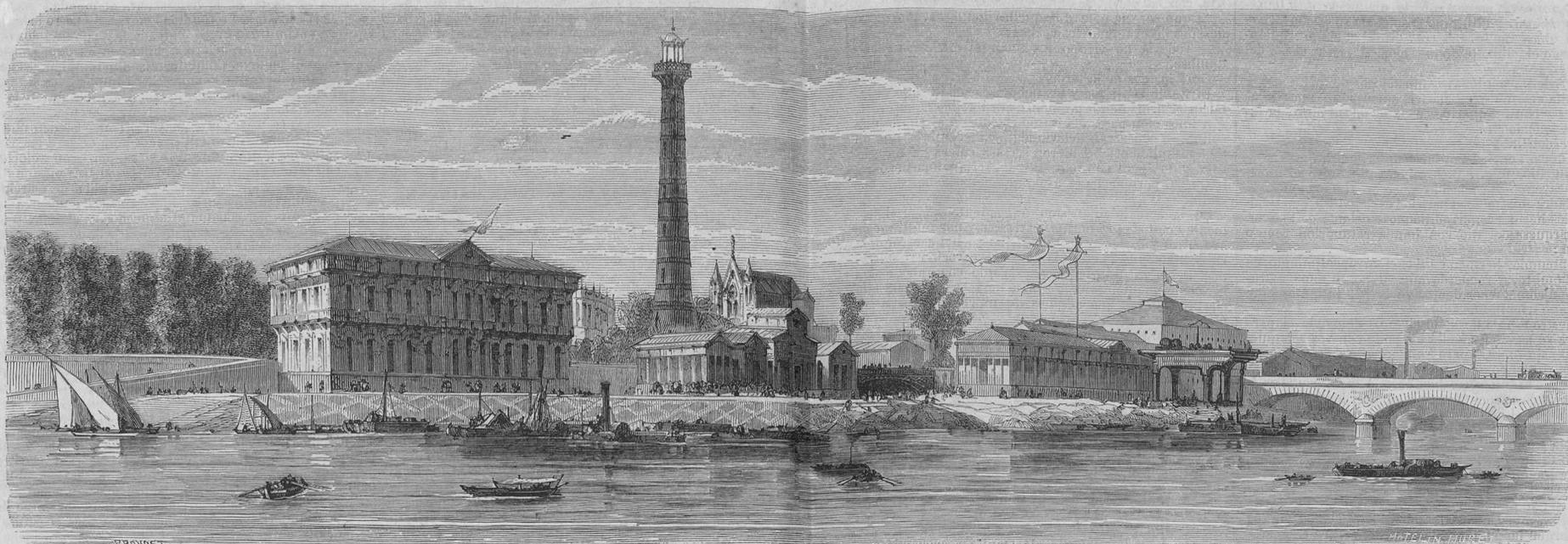
como el insecto perfecto, es muy carnívora, y persigue de muerte á todos los insectos, aun á los de su misma especie, cuando es mas fuerte que ellos. Con sus piés y robustas mandíbulas excava en la tierra un agujero cilíndrico bastante profundo. Para retirar los materiales, conforme los hace caer de las paredes, los coloca en una chapa escamosa, especie de cesto que tiene en la cabeza: luego trepa por el agujero á la manera de los deshojadores, apoyándose por un lado en sus patas, y por otro en dos mamillas que tiene en el dorso. Cuando ha llegado al orificio, tira su fardo y vuelve á bajar para cargar otro. No solamente le sirve este retiro de vivienda, sino tambien de lazo para coger su presa. En este caso, hé aquí cómo se gobierna:

Sube al orificio de su agujero y lo tapa tan exactamente con la grande chapa de su frente, que es muy difícil distinguir su entrada, aun al observador mas atento. Los insectos caen en el engaño y pasan por encima de él sin desconfianza; pero tan luego como la cicindela siente uno de ellos, inclina precipitadamente la cabeza, y haciendo con la chapa un movimiento oscilatorio, el insecto pierde el equilibrio, cae en el lazo, y cogiéndolo al punto, lo conduce al fondo y lo hace pedazos.

Los animales mayores saben concertarse para combinar las astucias de caza, por cuyo medio logran una presa difícil de alcanzar; en mi juventud hice muchas veces observaciones curiosas sobre el particular. Habitaba entonces en un cortijo situado en medio de montes poblados de árboles, donde oia todas las noches en los bosques circunvecinos la chillona voz de los zorros que iban á caza de liebres como sabuesos bien enseñados, hasta los primeros rayos del día, hora en que volvian á sus madrigueras.

Una hermosa noche de verano abrí la ventana para respirar un poco el fresco del ambiente. Estaba centelleante el firmamento, la luna plateaba los objetos con sus débiles rayos, y se podian fácilmente distinguir á la distancia de cincuenta pasos. A eso de las tres de la madrugada me vestí para ir á sorprender un zorro que cazaba en la colina que estaba enfrente de mi ventana. Tomé la escopeta y partí.

A la entrada de un soto de codesos y espanta-lobos oí muy distintamente que se acercaba la caza del zorro; de donde concluí naturalmente que la liebre pasaria dentro de pocos momentos al alcance de mi vista y de mi escopeta. Por consiguiente entré en el bosque haciendo tan poco ruido como pude, y fui á ocultarme en un lecho de musgo que estaba en una encrucijada. Ya empezaba á rayar el alba, cuando columbré la liebre que venia hácia mí con toda la velocidad de sus piernas. Para tirarle con mas seguridad, creí conveniente dejarla acercar, pues pensé que nada podia asustarla ni hacerla retroceder.



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867. — El muelle de desembarque.

Equivoquéme sin embargo, pues estando á unos cincuenta pasos de mí, salió un zorro de un zarzal, en donde, como yo, estaba emboscado, y saltó sobre el pobre animal; mas errando el golpe, echó á correr la liebre, y emboscándose, la perdí de vista. El cazador, como sorprendido de su poca maña, no pensó en perseguirla, sino que entró en el zarzal de donde habia salido. Ya iba á levantarme para marchar, cuando le ví dar un brinco, y caer exactamente en el mismo lugar en que habia errado el golpe, volvió á entrar en el bosque, salió por tercera vez, luego por cuarta, y en fin

continuó esta maniobra por espacio de mucho tiempo. ¿Quería conocer la causa del chasco que habia llevado, ó estudiaba el modo de portarse mejor en otra ocasion? Dejo esto al juicio del lector.

Entre tanto llegó, siempre dando voces, el camarada que seguia el rastro de la caza, y que habia asociado al otro en la partida. No cabe lance mas cómico que el mal humor y la cólera del recién llegado, cuando supo que el otro solo habia cogido aire, y que no habia botín que repartir: estuvo medio minuto mirándole vacilante, hasta que cediendo á su justo enojo, se arroja

enfurecido sobre el inexperto zorro, de donde se siguió una contienda á la que puse fin con un escopetazo, cuyo resultado fué hacerlos escapar con mucha prisa cada cual por su lado.

No son los zorros los únicos animales carnívoros que se agavillan para coger su presa con mas seguridad, pues los perros montaraces y los chaceales de Africa cazan en cuadrillas mas ó menos numerosas, y cuando han cazado un antilope ó gacela, la comen mancomunadamente sin riñas. Nadie ignora que los lobos de Francia hacen lo mismo poco mas ó menos. Si alguno

de ellos codicia un perrazo de cortijo harto valiente y robusto para que ose atacarle solo, una noche muy oscura va en busca de un camarada suyo, y lo embosca en una maleza á dos ó trescientos pasos del cortijo. En seguida va á rodar en derredor de los edificios, hasta haber despertado la vigilancia del fiel mastin; sale este ladrando no bien ha oído al enemigo de los rebaños.

(Se continuará.)

Una visita

Á LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867.

Dentro de breves dias las puertas de la Exposicion universal estarán abiertas. Se habia hablado de retraso; se habia dicho que nada estaria pronto, y que por lo tanto no se podria hacer la inauguracion el dia prefijado; pero estos son rumores infundados: la Exposicion se abrirá solemnemente el 1º de abril, y la prueba es que ya se ha publicado el programa de la ceremonia. La exactitud es la urbanidad de los reyes y de las exposiciones. La comision imperial ha hecho hasta ahora lo posible, y de hoy en adelante hará lo imposible por terminar su tarea. Su obra estará concluida con puntualidad, y si no todos los expositores se hallan presentes, si no todas las comisiones de las exposiciones extranjeras acuden á la cita, téngase paciencia durante algunos dias y se verá el coronamiento del edificio.

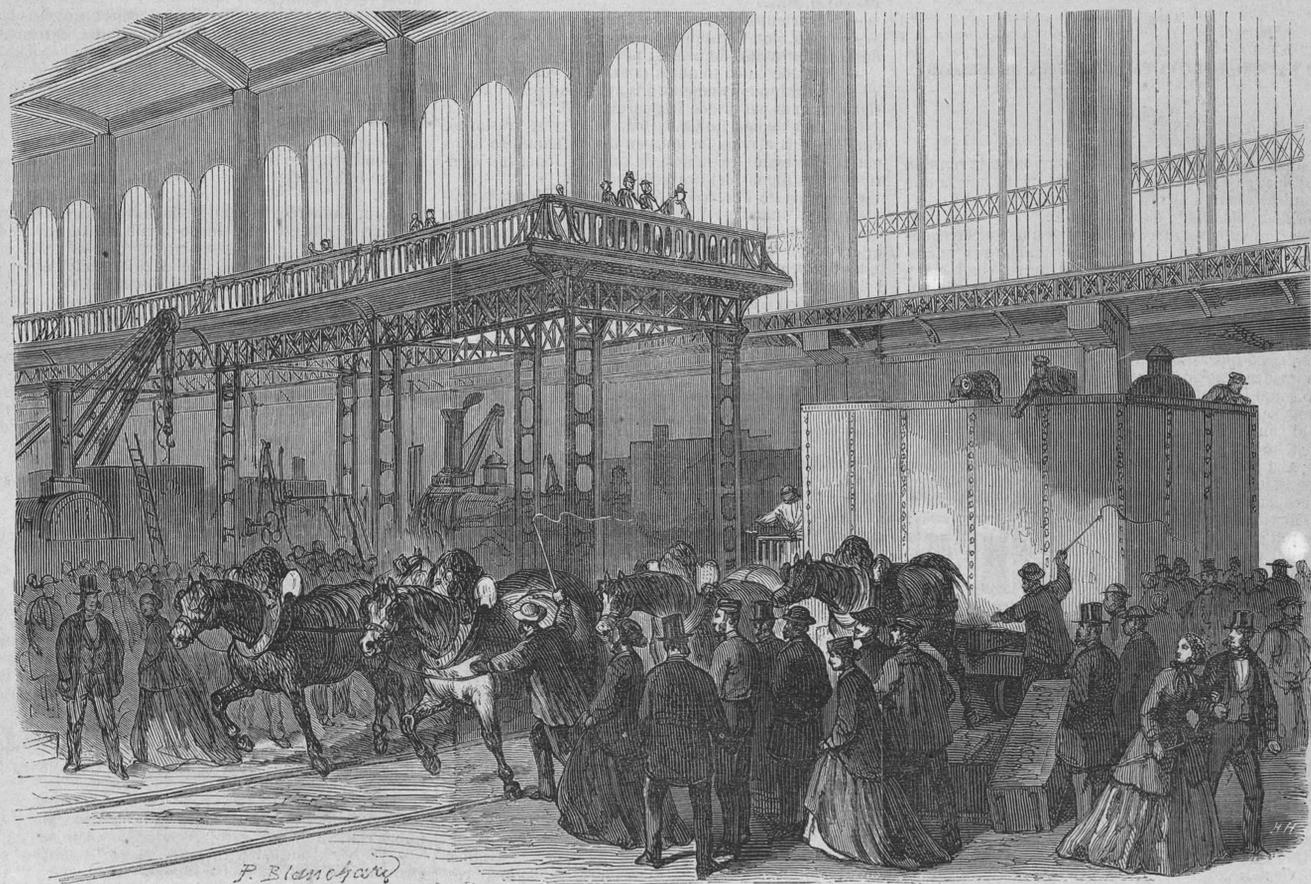
Además, los trabajos se prosiguen con actividad, y á mí me han parecido bastante adelantados para reconocer ya el carácter de todos los pueblos representados en el concurso. ¿Quién sabe! Quizás esta última hora es la mas original y la mas curiosa. Ese hormiguero de trabajadores de todos los países dando la última mano á cada una de las porciones del monumento, esa multitud de bultos de toda clase que se suceden de minuto en minuto, esa mezcla de todas las lenguas que transforman el Campo de Marte en una nueva Babel, esa emulacion febril que inflama á cada soldado en esa gran batalla del talento, el arte, el trabajo y la invencion, todo ese movimiento perpétuo de obreros, expositores, extranjeros, mercancías, wagones, máquinas, obras artísticas, productos de la industria, ofrecen uno de esos espectáculos que rara vez se reproducen en la vida de los pueblos.

Esta reunion de trabajos de toda especie forma uno de los asuntos de los grabados que acompañan á este artículo. Preciso es haber visto el gigantesco esfuerzo que se hace actualmente en el Campo de Marte para formarse una idea de las pintorescas escenas que se multiplican en todos los puntos. Hemos asistido á la traslacion de la enorme máquina que se ve representada en uno de nuestros grabados; pero esto, á decir verdad, no es mas que uno de los mil incidentes que surgen á cada instante. ¡Pobre locomotora! Máquina omnipotente, se veía arrastrada allí miserablemente, sin fuerza y sin vida. ¡Ese motor de doscientos caballos necesita la fuerza de seis desdichadas caballerías!

Dejo pues la locomotora y pregunto por los pabellones rusos que tambien forman parte de los dibujos presentes.



Los pabellones rusos en el parque.



Entrada de una máquina en la exposicion inglesa.

Un comerciante de Constantinopla me responde en francés castizo.

— A la izquierda y luego en derechura.

En vista de este ejemplo ¿quién podrá negar el cosmopolitismo del gusto y del lenguaje francés?

Llego á los pabellones rusos fielmente figurados en nuestro dibujo, y no puedo menos de admirar las labores artísticamente recortadas de estas casas de madera que forman, como es sabido, la habitación ordinaria (*Isba*) de los campesinos rusos.

La exposición de la Rusia está representada en París por el duque de Leuchtenberg, nieto del príncipe Eugenio, presidente de la comisión, M. Thal, consejero de Estado, vicepresidente, M. de Solsky, delegado del ministerio del patrimonio, y M. Gregorovitch, distinguido publicista, que por sus variados conocimientos estaba designado de derecho á la misión que le ha sido confiada.

Los pabellones levantados por la comisión rusa han sido enteramente contruidos en San Petersburgo por carpinteros del país, con presencia de los planos del ministerio del patrimonio, que destina este *isba* á la exposición de las maderas del Norte, con las que hace un gran comercio. Frente al pabellón, cuyas graciosas disposiciones se recomiendan al estudio de los adornistas, he visto una cuadra modelo, donde expondrán los mas bellos tipos de los caballos rusos.

Esta caballeriza ha sido construida en París por M. Bernard, con vista de los dibujos enviados de Rusia.

El exterior de ambas construcciones merece un examen atento y minucioso. En ellas se aprenderá cómo en tiempo de frios rigorosos, se puede tener una habitación bien caliente con una simple casa de madera.

M. de Solsky me recibió del modo mas afable, y tuvo la bondad de enseñarme detenidamente el interior de la casa del aldeano ruso, curiosa é interesante revista que desgraciadamente no puedo detallar en estas líneas.

Todos estos pabellones del parque, que nos darán á conocer la vida privada de todos los pueblos, formarán seguramente una de las partes mas interesantes de la Exposición. Cuando se haya estudiado á fondo cada una de estas elegantes construcciones, y se haya recorrido todo el parque, podrá decirse que se ha dado la vuelta al mundo.

En esta lucha con armas corteses, cada uno de los pueblos expositores intenta un heroico esfuerzo para sorprender á los parisienses. La Inglaterra desafía, la América provoca, la Alemania quiere asombrar, los pueblos meridionales deslumbran. H. C.

La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuación.)

Cuando entraron todos los que componían la reunión de Leticia, se detuvieron en el dintel de la puerta que comunicaba con la alcoba donde le pusieron.

— Está confesando; dijo un criado.

Efectivamente; ya moribundo, tuvo lugar al arrepentimiento de todos sus crímenes, haciéndole ver la elocuente voz del sacerdote, la fealdad de su conducta y conduciendo con sus piadosas exhortaciones aquella pobre alma extraviada, al tribunal de la penitencia.

El conde volvió triste y pensativo; le fué imposible conseguir su deseo por lo avanzado de la hora, dándole sin embargo esperanza para el día siguiente.

Un cuadro desolador ofrecía la alcoba mortuoria tan luego como la abandonó el sacerdote. A la cabecera de la cama se colocaron doña Aurora y la marquesa del Rio, el conde acercándose le preguntó:

— ¿Cómo os sentís?

— ¡Ah! muy mal; el Señor me llama á su seno, y arrepentido de todos mis crímenes, deseo me perdonen las personas á quienes he ofendido para que me perdone Dios. Mi vida ha sido siempre borrascosa y turbulenta; desde mi juventud dejéme deslizar por la resbaladiza senda del vicio, y de precipicio en precipicio, he llegado á caer en el abismo en que me hallo.

Su respiración se hizo fatigosa, y tuvo necesidad de algunos momentos de reposo para continuar hablando; cuando se repuso, exclamó tendiendo en su derredor una triste mirada:

— Señor conde, os ruego por favor, obtengais para mí el perdón de doña Leticia Sanchez: en cambio la direis que sus hijas estaban en poder de la Corneja en su hostería del Lavapiés, de donde se fugaron no hace mucho tiempo.

— Eso ya lo sabe... pasad á otra cosa.

— Gracias á Dios; lo ignoraba y es un grave peso el que se me quita de encima.

— ¿Y quién os ha revelado que esas niñas estaban bajo la dependencia de esa horrible vieja? le preguntó la marquesa.

— Lo sé hace muchos años; desde que fueron robadas en París.

— ¿Luego tendreis noticias del asesinato de don Enrique Simon?

— Ese recuerdo es mi pesadilla, murmuró con ronca voz. ¡Ay, todavía siento aquella maldición que lanzaron sus labios... y el último suspiro de su pecho!...

— ¿Y el asesino fuisteis vos? gritó Leticia precipitándose desde el gabinete donde se hallaba hasta el pié del lecho.

— ¡Perdon... perdon... compadeceos de mí!...

— ¡Infame, me arrebatásteis un esposo, unas hijas adoradas y con los queridos pedazos de mi alma, la razón y la felicidad!...

— ¡Perdon!...

— ¡Nunca... expiad tan horrible crimen!...

— ¡Oh, Dios mio... Dios mio!... murmuró el moribundo, cayendo desvanecido sobre los almohadones.

— ¡Madre mia, piedad para él! exclamaron á un tiempo las dos hermanas, arrojándose delante de Leticia.

La marquesa del Rio con honda conmoción repuso también:

— Contempla, hermana mia, el arrepentimiento de ese hombre, y recuerda que su pobre alma extraviada va á comparecer dentro de breves instantes ante el supremo tribunal de Dios.

— Vuestro esposo desde el cielo os demanda el perdón para su asesino, añadió el conde con voz solemne.

Leticia, sin fuerzas para sostenerse, se dejó caer en una silla vertiendo abundantes lágrimas.

El llanto es un rocío bienhechor que fecundiza y ablanda los corazones mas endurecidos, bien sea por la maldad ó por el dolor.

Cuando Pereival abrió los ojos y los fijó con expresión triste y grave en la desolada viuda, encontró cambiada su fisonomía; ya no brillaba en ella la indignación y la ira, sino la compasión y la templanza.

— ¡Perdon! volvió á exclamar el moribundo.

— Sí, sí; yo te perdono en el nombre de Dios y de mi esposo... dijo Leticia saliéndose de la alcoba con sus hijas, porque no podía sufrir aquella fúnebre escena.

— ¡Gracias... gracias!... Me ha perdonado y puedo morir tranquilo.

— Ahora os resta implorar la misericordia de Dios, como buen cristiano; repuso el conde.

— Antes voy á cumplir otro deber; acercaos.

— ¿Queréis ver á vuestro hijo?

— Conozco que no podré recibir ese consuelo, y me resigno, aceptando el sacrificio como una leve expiación de mis crímenes.

— ¿Qué teneis pues, que confiarme?

— ¡Una revelación importante!... mandad poner una silla de posta, y corred á salvar á la familia de Pinares, cuya vida está en peligro.

— ¿Qué riesgo les amenaza?

— El de morir en la sierra de Altomira, donde serán detenidos por los salteadores que Flora ha pagado con este objeto.

— ¡Quizá no sea tiempo... Ruderico!... gritó con frenesí el noble italiano; ¡á escape, el coche y los mejores caballos!...

— ¿Os acompañaremos, padre mio? interrogó Arturo.

— Sí; tú, don Constantino, Ruderico y todos los criados, bien provistos de armas; pero pronto.

— Antes de cinco minutos estamos en marcha.

— Avisad inmediatamente á la autoridad para que nos sigan algunas parejas de la guardia civil.

Con este acontecimiento, toda la casa se trastornó, cundiendo la alarma de unos en otros y temiendo todos por la interesante existencia de unas personas tan queridas y tan dignas del universal aprecio.

La agonía de Pereival fué penosa y prolongada; espirando al amanecer lleno de un sincero y profundo arrepentimiento y despues de haber hecho al juez que intervino en la causa importantísimas declaraciones.

En tanto, una silla de postas y muchos hombres á caballo recorrían con velocidad la carretera de Cuenca, con dirección á la sierra de Altomira, donde tenia lugar otra escena horrible y desastrosa.

XXXI.

LOS BANDIDOS.

Seguidme, amables lectores, á la sierra de Altomira. Vosotros los que en la *Pastora del Guadiela* hayais leído la descripción de los sitios donde la noble marquesa de Pinares pasó sus primeros años en clase de pastora y cuidando en los amenos valles del Guadiela sus cabras y sus cervatillos, los reconoceréis al momento.

Nada ha cambiado allí; los mismos alegres valles, las agrestes montañas, los risueños paisajes y las montuosas veredas, tristes y solitarias que frecuentan únicamente los habitantes del país.

La carretera de Cuenca queda á un lado, y caminos transversales y poco conocidos, conducen á los pueblecillos de lo interior de la sierra y al castillo de Pinares.

A pocas leguas de Vellisca y en un terreno escarpado y montuoso, vieron los pastores con notable terror, algunos hombres sospechosos, mal encarados, de torva faz y hosca mirada.

Una tarde de diciembre, sombría y lluviosa, atravesaron dos carruajes la senda que desde Vellisca conducía á la que en otro tiempo fué cabaña de Isabela y se hallaba resguardada por un enorme peñasco, y al presente la circunda una magnífica casa de campo.

Los pastores reconocieron en la librea de los criados á la servidumbre de la casa de Pinares, y los hombres sospechosos volvieron á sus atalayas sin cuidarse en detenerlos, á pesar de que con ellos iban los equipajes

de la marquesa, del marqués y de su esposa la condesita, con las doncellas destinadas á su servicio.

El que parecia jefe de aquellos hombres, murmuró despues de examinar los coches:

— Todavía no vienen los señores; esa es la servidumbre.

Eran las dos de la tarde.

El viento arremolcaba y los nebulosos celajes que enlataban el firmamento prometían un terrible aguacero.

A unos cien pasos del camino y situado al pié de una colina, se conservan todavía algunos escombros que en tiempo inmemorial debieron ser las ruinas de un castillo, y en época aun mas antigua, serian una hermosa fortaleza, perteneciente á algun señor de horca y cuchillo.

En la actualidad existen únicamente los vestigios, medio ocultos por enormes carrascas y por multitud de chaparros y malezas, entre las que se halla escondida cuidadosamente la entrada de una excavación subterránea. Debía ser una larga galería que comunicase con el vecino monte, pues á veces desaparecían por ella ciertas sombras, que despues de muchas horas salían por el otro lado.

En la tarde que nos ocupa, y que segun hemos dicho á nuestros lectores, era fría y lluviosa, hallábanse á la entrada de la cueva cuatro bandidos de atezado rostro, apoyados en los trabucos y dirigiendo á la gran extensión de terreno que desde allí se dominaba, investigadoras y sombrías miradas.

En el interior de la cueva, veíanse al principio dos piezas abovedadas; la una servía de cocina, y en el hogar ardían troncos de encina; la otra, bastante mas grande, estaba casi llena de ropas, mantas y objetos pertenecientes á los bandidos.

Seguían despues á derecha é izquierda las galerías, en las cuales, y á lo lejos, sentíanse los relinchos de varios caballos.

Junto al hogar estaba en pié Ataulfo, acariciando con vanidosa petulancia su rizada y negra barba.

Flora, sentada en una piedra, le contemplaba en silencio. El rostro de esta mujer, desde que la vimos en su palacio de Madrid leyendo las fatales notas, habia sufrido una notable alteración. Sus ojos, en otro tiempo negros y expresivos, hundíanse en las órbitas, despidiendo centelleantes miradas que expresaban el odio y todos los malos instintos de Luzbel.

Sus cabellos no tenían ningun color determinado; eran una mezcla de blancos, negros y rubios; desmesuradamente cortos y en desorden, caían por sus hombros, sin que ella en su extrema desesperación, se cuidase de arreglarlos sobre la cabeza, que siempre y á pesar de todo, conservaba erguida y altanera.

Su traje, por lo original, merece describirse; consistía en un riquísimo vestido de raso verde, cuya falda estaba muy arrugada por haber estado recogida dentro de unos grandes bombachos, los cuales se veían extendidos cerca del fuego.

Una graciosa chaquetilla de terciopelo negro, bordada de oro, se ajustaba cuidadosamente al talle, cerrándose en el pecho con unos botones de brillantes, y rodeaba la garganta un cuellecito de encaje.

Encima de todas estas prendas que demostraban la elegancia de la aventurera dama, tenia puesto un albornoz de grueso y tosco paño y que por deferencia la habia prestado uno de los bandidos, mientras junto á los bombachos se secaba la elegante capa de pieles con que se hubo abrigado todo el camino hasta llegar á la cueva.

Flora, sintiendo frio sin duda, hizo un movimiento para arrojar dentro del fuego algunos troncos medio consumidos.

— Permittedme, señora, dijo Ataulfo, adivinando su pensamiento, y apresurándose á ejecutarlo.

— Mil gracias, Ataulfo, murmuró con una forzada sonrisa, volviendo á cruzar sobre su pecho las solapas del albornoz.

Empero al hacerlo, ya la mirada de águila del bandido se habia fijado en los gruesos brillantes, que en forma de botones abrochaban la chaquetilla de terciopelo, igualmente que en el riquísimo mango de un puñal que la dama llevaba oculto entre los pliegues del vestido.

— ¡Oh, es un tiempo cruel!...

— Pero el mas á propósito para nuestra empresa, contestó Ataulfo.

— Teneis razon.

Flora bajó la cabeza. Despues de un rato de silencio, y dando muestras de la mas viva impaciencia, exclamó: — ¡Cuánto tardan!... ¿Si habrán tomado otro camino?

— No puede ser: siempre vienen por este, por ser el mejor y mas cómodo para el carruaje.

— ¿Y decís que á pocos pasos de aquí está la cabaña donde en su juventud vivió la pastora?

— Sí; la conservan en igual estado que cuando la habitaba; solamente que á su inmediación han construido una hermosa casa de campo.

— Mucho me alegraría visitar esa rústica choza que sirvió tantos años de refugio á mi hermano Jorge, dijo Flora para sí, recordando con terror aquella época de su juventud.

El silencio volvió á reinar en la cueva, que iba oscureciéndose poco á poco, pues la tarde avanzaba y las nubes comenzaban á verter agua en abundancia.

— ¡Señor Ataulfo! gritó uno de los bandidos sin abandonar el sitio en que los hemos visto.

— ¿Qué hay? contestó adelantándose el jefe de aquella canalla.

— Tragabalas acaba de llegar.

— Que pase.

Instantes despues se presentó en la cueva un moce-ton que llevaba partida la megilla por una enorme cicatriz. Vestía un andrajoso uniforme de militar, que le hacia asemejarse á un veterano que vuelve estropeado de campaña.

— ¿Qué noticias tenemos? le preguntó Ataulfo.

— Magníficas.

— ¿Los has visto? interrogó Flora mirándole con ávida curiosidad.

— Sí, señora; y he sentido arrullar á los tortolillos. La paloma viuda me ha dado todo este dinero. Y al decir esto, Tragabalas mostró algunas monedas de plata.

— ¡Bribon! tú siempre sacas buen partido, dijo Ataulfo; ¿y cuándo vienen?

— Aun tardarán mas de dos horas.

— ¿Pero tú te habrás fijado bien en la dama, y no errarás el golpe?

— Ya lo creo, como que la he hablado.

— Dejadle, Ataulfo, que nos cuente los medios de que se ha valido para verlos, repuso Flora.

Tragabalas, sin dejar de dar vueltas á la mugrienta gorra que tenía en la mano, exclamó:

— Como sabeis, yo esperaba en Vellisca la llegada de los marqueses. Serian las once de la mañana, cuando un gentío inmenso se agolpó en las calles del tránsito.

— ¡Ya vienen! gritaban los chicos. ¡Ya están aquí! dijeron todos á poco. Y efectivamente, el coche atravesó sin detenerse por entre los aldeanos y fué á parar á casa de un rico hacendado que llaman don Garcés. Todo el mundo se dirigió allá y yo detrás; pero adelanté mas que ninguno; pues á poco conseguí acercarme á una sala donde los señores estaban descansando. Me fingí cojo, manco, tullido y no sé cuántas cosas; ello es que los inspiré compasion, y me hicieron varias preguntas, despues de darme la marquesa viuda estas monedas por via de limosna. La condesita tambien se lastimó de mi estado y unió al donativo de su mamá-suegra una monedita de oro.

— Pasa de largo esos detalles, dijo Flora visiblemente disgustada, conociendo que aquellos beneficios harian vacilar el brazo de Tragabalas, que era el escogido para hundir su puñal en el pecho de Honorata.

— Nada mas tengo que añadir, señora; procuré informarme de los criados si los marqueses dejarían pronto á Vellisca, y supe tenían dada la señal de partida para las tres de la tarde; piensan dormir en la quinta de la Isabela, que está á pocos pasos de aquí.

— ¿Y qué hora es?

— Van á dar las tres, dijo Ataulfo.

— ¿Cuánto dista Vellisca?

— Unas dos leguas; de modo que si salen á las tres, los tendremos á tiro de bala á las cuatro y media ó las cinco.

— ¡Dos horas aun! murmuró Flora, dejando la piedra en que se sentaba y poniéndose á dar largos paseos con febril agitacion.

— Yo, si me permitis, voy á ver mi gente.

— Sí, Ataulfo, id. Tú, Tragabalas, cuenta con una gran recompensa, y retirate á descansar.

— ¡Mil gracias! contestó el bandido desapareciendo. Flora quedó sola.

— ¡Ay! murmuró con desesperacion; ¿qué será de mi entre unos hombres feroces y desalmados á quienes he prometido tres millones, y no puedo contar ni con un maravedí! ¿Si esa infame Corneja me venderá, y en lugar de traerme el dinero se escapará con ello? ¿No me fio de nadie! ¿Ah, mi cabeza se abrasa y creo que voy á volverme loca!...

Hubo un momento de silencio; despues, iluminada por una idea, volvió á exclamar:

— ¡Me he salvado! Cuando los tenga en mi poder haré que la marquesa firme una cartita dando orden á su mayordomo de Madrid para que entregue la suma que yo he prometido á esos hombres. Sí, es lo mejor; quedan pagados, y yo doblemente vengada.

La dama siguió en sus paseos hasta las cinco, que se oyó el grito de alarma, anunciando la aproximacion de las víctimas.

XXXII.

PASTORA, MARQUESA Y MONJA.

Completamente ajenos de la emboscada que la satánica Flora les tenía dispuesta, caminaban con direccion á su quinta la noble marquesa de Pinares con sus hijos Rafael y Honorata.

La lluvia arreciaba por instantes, tornándose cada vez mas denso el plumizo color del firmamento.

— ¡Cuánto mejor hubiera sido pasar la noche en Vellisca! exclamó Rafael.

— Ya lo creo; y no que llegaremos á la quinta muy tarde y con un temporal tan borrascoso, dijo Honorata mirando al camino sobresaltada.

— ¿Qué tienes, hija mia? la preguntó la marquesa.

— No es nada.

— Has palidecido de repente.

— Me pareció ver entre aquellas matas una sombra que se ha deslizado con rapidez hácia la montaña.

— Visiones de tu fantasia, replicó riendo Rafael.

— ¡Ojalá! mas te confieso que no estoy exenta de un temor vago que me asusta á cada momento.

— Será porque has oido decir á Franquelina que son muy sospechosos estos parajes, y mucho mas, las inme-

diaciones de la *Cueva del Zorro*, donde varias veces se han ocultado bandidos.

— Tampoco á mí me gustan estos sitios, añadió la marquesa; recuerdo que en mi juventud nunca me dejó el pobre Jorge acercarme á esa cueva, y mis excursiones eran siempre á la montaña de la Virgen del Valle.

— ¿Y llegaremos pronto á ella? preguntó la condesa cada vez mas asustada.

— Antes de un cuarto de hora; mira las ruinas del castillo en la cúspide de aquel cerro, y se halla situada allí mismo.

— Dejemos esta conversacion, mamá, repuso Rafael, porque Honorata es tan medrosa, que pudiera ponerse mala.

— Bien, hablemos de otra cosa.

— Decidnos, ¿cuánto tiempo vamos á permanecer en este país?

— ¿Y me lo preguntas, hijo mio? ya eres el jefe de la casa, y debes disponer lo mas conveniente; yo por mi parte os acompañaré hasta que Honorata dé á luz el primer fruto de vuestro amor; despues vuelvo á Madrid, me llama el cumplimiento de un voto que hice á la Madre del Señor, al pié del lecho mortuorio de mi querido Rogelio.

— ¡Oh, madre mia! ¿insistís en esa determinacion?

— ¿Será posible que nos abandonéis?

— Contadlo por seguro; pero os dejaré felices, tranquilos y libres de las infames asechanzas de esa enemiga implacable.

— ¿Acostumbrada á la brillante posicion de una ilustre dama, vais á confundiros con las humildes hermanas de la Caridad?

— Voy á ser una de ellas, entrando en la sagrada institucion de San Vicente; seré la providencia del pobre, el amparo del desvalido, el bálsamo del enfermo, y la madre del expósito. ¿Qué mision mas noble podría cumplir en la tierra? ¿En qué obras mas dignas pudiera emplear los dias que me restan de vida?...

— En ser el consuelo de vuestros hijos.

— ¿Y dejaré de serlo por eso? En cualquier sitio del globo donde me halle, os consagraré toda la ternura de mi corazon; todo entero será para vosotros, el inmenso caudal de amor que arde en mi alma.

— ¿Veis, mamá? Honorata llora; exclamó Rafael contemplando á su jóven esposa.

— ¿Y á qué ese llanto, hija mia? yo al perder á mi esposo, perdí la felicidad con que el mundo me brindaba, y debo buscar refugio contra las tempestades de la vida.

— ¿Y no le hallais en nuestros brazos?

— La calma que necesita mi espíritu tribulado, solo se encuentra en el seno de la religion; y el lenitivo á mis graves dolores quiero buscarle practicando la santa caridad y derramando entre los desvalidos la paz y la ventura, que nunca podrá disfrutar mi alma.

— ¿Conque estais decidida?

— Es una resolucion invariable; es mas bien un voto sagrado.

— ¡Oh, qué se dirá! ¡La noble marquesa de Pinares convertida en enfermera de un hospital!... murmuró Rafael.

— Ese rasgo de orgullo me desagrada en tí, Rafael; y te advierto que desde hoy no mires en mí á la marquesa de Pinares, sino á sor María de la Merced, humildísima hija de San Vicente de Paul. Mientras mi salud sea fuerte y robusta, ejerceré este sagrado ministerio; despues entraré en un convento á terminar mis dias entre las siervas del Señor, disfrutando su envidiable paz.

— ¿Segun eso, ni aun los dias de vuestra ancianidad pensais dedicarnos?

— Mi destino debe cumplirse.

— ¿Y cuál es?

— ¡Escuchad!... Una noche, hallándome dormida en apacible calma, se me representó una hermosa vision de blancas alas, y me dijo en un tono de voz gratísimo y melodioso:

«— Tú has venido á este mundo para ser un ángel de amor y de consuelo; pero tu destino es amargo, la felicidad que disfrutes será breve; en cambio ceñirás en el cielo la inmarcesible palma de los mártires y de los santos.»

— ¿Y qué debo hacer para merecerla? exclamé en un frenético arranque.

La vision me contestó:

«— Seguir resignada el rumbo que te marque tu destino.»

— ¿Y cuál es? volví á preguntar.

«— Tú en este mundo serás pastora, marquesa y monja,» me dijo, remontándose á los aires.

La noble y angelical viuda calló; sus ojos y sus manos entrelazadas se elevaron al cielo con mística expresion, y su hermoso y purísimo rostro apareció iluminado por una celeste aureola.

— Nuestra madre es una santa!... murmuraron los dos jóvenes, contemplándola con admiracion.

El éxtasis religioso de la marquesa se prolongó algunos instantes.

Una fuerte ráfaga de viento agitó los rizos de su blonda cabellera, y á su contanto volvió á la tierra su elevado espíritu.

— ¡El viento arrecia! murmuró.

— Sí, madre mia, y las sombras de la noche nos sorprenden antes de llegar á nuestra quinta.

— Continúa orando, querida mamá, dijo Honorata; vos que sois una santa, rogad á Dios que aleje de nosotros el peligro.

— ¿Tienes miedo?

— Mucho; ya no son sombras lo que veo entre las matas.

— ¿Pues qué ves?

— Mira, Rafael, dijo la jóven señalando á una eminencia; junto aquel árbol hay varios hombres apoyados en trabucos, y por detrás de nuestro coche se han corrido dos ó tres.

— Tienes razon; exclamó alarmado el marqués, y apresuradamente sacó unas pistolas que llevaba ocultas entre los almohadones del carruaje.

— ¡Alto! gritó con fuerte acento una voz ronca.

El coche se detuvo.

Rafael amartilló una pistola.

— ¿Quién se atreve á detener nuestra marcha? gritó con impetuosidad, sacando la cabeza por la ventanilla.

Varios hombres se le pusieron delante con los trabucos á la cara; iba á descargar un tiro sobre el mas cercano, cuando detuvo su brazo un doble grito de su esposa y de su madre. Se volvió precipitadamente y halló amenazado el pecho de las infelices por el puñal de dos bandidos que habian saltado dentro del coche. Se lanzó sobre ellos, pero fué desarmado por otros que acudieron en auxilio de aquellos.

— ¡No hay que tocarlos, arriba con todos! gritó una voz desde la montaña.

Poco despues, desmayadas las damas y atado el marqués, fueron conducidos á la cueva del Zorro.

XXXIII.

EL PUÑAL DE TRAGABALAS.

Triste y desolador era el aspecto que ofrecia la cueva del Zorro, en el momento de penetrar en ella los bandidos conduciendo á las nobles damas y al adolescente marqués.

Flora, temblando de emocion y de regocijo porque veía su venganza segura, se retiró al fondo de una galería, y entregando un papel á Ataulfo, le dijo:

— Haced que la marquesa firme ese papel.

— ¿Y si para ello tenemos que violentarla?

— ¿Y qué importa? que firme, sea como quiera.

— Pero esta circunstancia no está convenida en nuestro trato; me habeis exigido únicamente la cabeza de la condesita, y ya la tenemos á tiro; ahora, pues, entregadme la suma estipulada para repartir entre los muchachos, que ya comienzan á murmurar, y sereis servida.

Flora conoció que no podría sacar partido de Ataulfo, y antes de dejarle entrever su angustiosa situacion, se propuso ensayar otros medios.

— ¿Conque no aceptais? le dijo.

— Sí, señora; venga el papel; pero esto será cuenta aparte y despachado el otro negocio.

— Corriedme. Aguardadme fuera de la cueva, que no tardaré en satisfacer mi deuda.

Apenas Ataulfo desapareció por el boqueron que servia de entrada á la caverna, cuando Flora se dirigió al fondo de una galería, donde sobre unas pieles dormia á pierna suelta Tragabalas.

Sacudiéndole fuertemente con el pié, lo hizo levantar.

— ¿Quién llama? murmuró el bandido, frotándose los ojos.

— Levántate.

— ¿Sois vos, señora? estoy á vuestras órdenes.

— Llegó el momento de probar la fortaleza de tu brazo y la lealtad con que me sirves.

— ¿Están ya encerrados los tortolillos?

— Y la paloma viuda tambien.

— Entonces aquí está mi puñal.

Y aquí tu recompensa extraordinaria, sin perjuicio de la parte que te corresponda en el botín.

Flora habia ido arrancando uno por uno los botones de brillantes que abrochaban su chaquetilla de terciopelo, y los entregó al asesino.

— ¿Serán brillantes, eh? ¿Cómo relucen!

— Y magníficos; valen una suma enorme, que será para tí solo; pero á condicion de que en este mismo momento claves tu puñal en el pecho de la condesita.

— Si no es mas que eso, allá voy; ¿dónde está?

— Aquí está en esa pieza; yo guardaré la entrada de la cueva para que nadie penetre á interrumpirte; cuando salgas, me has de entregar el puñal teñido en su sangre.

— Os lo prometo.

— Id, pues, y que no vacile vuestro pulso.

— Tengo firmeza bastante para ejecutar estas empresas, á las que estoy bien acostumbrado.

Tragabalas encendió una tea en los tizonos que ardian en el hogar, y dejando á oscuras la primera pieza, se dirigió á la segunda con el puñal en la mano.

Detúvose un momento en el dintel de la puerta; luego volvió la cabeza para asegurarse de que Flora no le veía, entró y cerró por dentro.

Las infelices víctimas no tenían luz, y hallábanse los tres recostados en unas pieles, sin poderse abrazar porque tenían las manos atadas á la espalda; pero vertiendo llanto y lamentándose de su triste suerte.

La marquesa no lloraba; su hermoso rostro, dulce y sereno como siempre, expresaba la calma de los ángeles.

En el momento de entrar el bandido, y viendo brillar la hoja de su puñal, exclamó:

— ¡Infeliz! ¿vienes á consumir tu crimen?

Luego reconociéndole, añadió con asombro.

— ¡Pero calla! ¿no es este el viejo soldado á quien hemos socorrido en Vellisca esta misma tarde?

— Sí, señora; yo soy y vengo á pagaros vuestro beneficio.

— ¿De qué modo, piensas salvarnos?

— A vos y á vuestro hijo, sí; á la señora condesa no puedo, porque tengo orden de clavar ahora mismo este puñal en sus entrañas.

Diciendo esto la cogió por un brazo, y sin que la pobre niña tuviera fuerzas para oponerse, la separó del grupo que formaban los tres.

— ¡Detente, bárbaro! gritó Rafael.

— ¡Detenerme! ni un instante; esta cabeza vale mucho dinero.

— ¿Luego eres un asesino pagado? interrumpió la marquesa levantándose, aunque con trabajo, con ánimo de interponerse entre Honorata y el asesino.

— ¡Justo! de otro modo, ¿yo qué interés tendría en cometer un asesinato?

— Pues bien; yo triplico la cantidad que hayas recibido; y si nos salvas, te haré inmensamente rico; ¿aceptas?

— Sí, señora; el puñal de Tragabalas se vende al que mas da; pero, ¿quién me responde del cumplimiento de esa promesa?

— ¿No te bastan mi palabra ni la de mi hijo?

— ¡Sin otra seguridad!... murmuró indeciso el bandido.

— Toma ese anillo; con él te presentarás á mi mayordomo y te entregará la suma que le pidas.

— ¿Y no me aprisionarán?

— La marquesa de Pinares no acostumbra pagar los beneficios con ingratitudes, exclamó la noble viuda.

— Y además, añadió el marqués, te daremos ahora mismo cuanto dinero y alhajas llevamos.

— ¡Corriente! por la primera vez de mi vida me fio de una mujer, y voy á salvaros.

— Nada temas, que las buenas acciones hallan siem-



Verdi.

Verdi.

Giuseppe Verdi nació en Busseto, pueblecillo del ducado de Parma, el 9 de octubre de 1814.

Como todos los grandes artistas, desde su infancia manifestó una irresistible vocación por el arte que debía hacer ilustre su nombre. Tuvo la gran fortuna de que no contrariasen sus gustos las tendencias positivistas de una familia inquieta por el porvenir. De este modo pudo pasar sus primeros años en el apacible estudio de la ciencia musical bajo la dirección de su tío, cura párroco de Busseto; después recibió lecciones de composición del director de la Scala.

La vida de Verdi no abunda en incidentes novelescos: su naturaleza austera y un tanto ruda se complace en la soledad y en el trabajo. Verdi esconde cuidadosamente su persona á la curiosidad de la muchedumbre, y pretende que no está sujeto á la crítica sino por sus obras.

En la época en que Verdi comenzó á escribir, el genio soberano de Rossini dominaba en toda la Europa; parecía que este gran maestro del arte contemporáneo había fijado para siempre las nuevas fórmulas de la música. Únicamente la Alemania protestaba; pero el arte alemán, aunque representado por Weber, no contaba grandes triunfos; introduciéndose la deserción en las filas de los discípulos, y Meyerbeer, imitando el estilo italiano, escribía *Margherita d'Anjou* y *Il Crociato*.

Naturalmente, las primeras obras de Verdi ofrecían el modo rossiniano. En 1839 dió *Oberto di San-Bonifacio*, que se representó con buen éxito en el teatro de la Scala.

Luego vino el *Nabucco*, donde el joven maestro comienza á volar por sus propias alas, sin abandonar los arabescos del estilo florido. Creemos superfluo enume-

pre su recompensa en este mundo, dijo la marquesa.

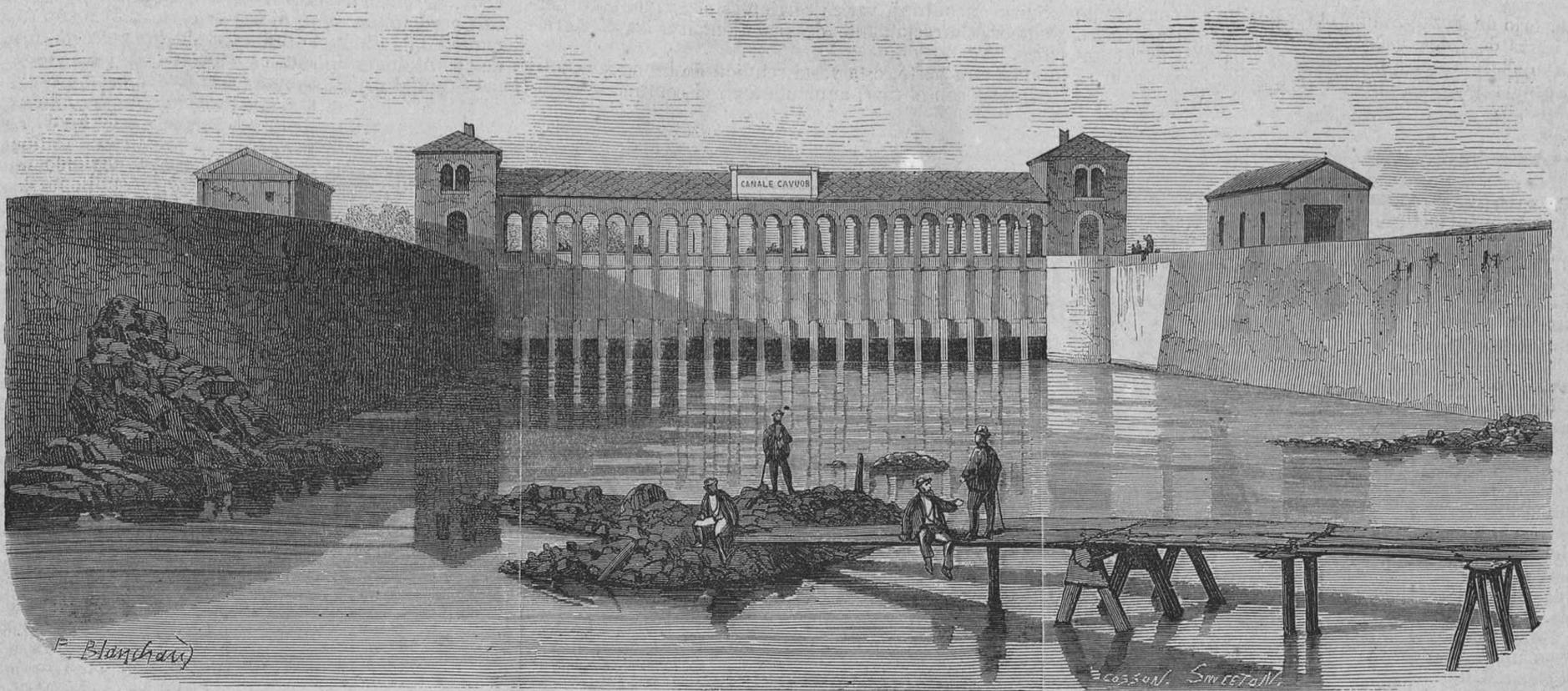
— Sin saber por qué, me inspirais tanto respeto, como antipatía la mujer que me ha dado la orden de asesinar á esta señora.

— ¡Oh, Flora! ¡infame! exclamaron casi á un tiempo los tres.

(Se continuará.)



Obras del jardin del Luxemburgo. — Nivelacion del terreno por el lado de la calle Soufflot.



EL CANAL CAVOUR. — Panorama en la embocadura de Chivasso.

rar las veinte y tantas óperas que ha compuesto Verdi, y que han sido diversamente acogidas por el público. Algunas han alcanzado desde el principio una popularidad que parece resistir á los ultrajes del tiempo; otras, como por ejemplo, la *Traviata* y *Un ballo in maschera*, desdenadas en las primeras representaciones, han concluido por figurar en primera línea. Las hay, en fin, que cayeron el primer día para no levantarse nunca.

Esto no ha impedido que el nombre del autor de *Ernani*, *I Lombardi*, *Il Trovatore* y *Rigoletto*, goce de una inmensa popularidad en ambos emisferios.

De un órden compuesto, la música de Verdi tiene, sin embargo, una originalidad que hace descuelle entre todas. Conmueve mas que hechiza; dramática, aunque no á la manera grandiosa de Meyerbeer, sorprende por la violencia de sus acentos. De un realismo exagerado cuando pinta el dolor, sobre todo el dolor físico, Verdi sabe mejor que nadie revolver el acero en la herida y ex-

presar musicalmente los corrosivos efectos del veneno: su musa se complace en la agonía.

Con razon le echan en cara que abusa del unísono,

los diferentes fragmentos de sus partituras. Finalmente, es raro encontrar en cada una de sus óperas mas de dos ó tres piezas que merezcan en realidad los sufragios de los hombres de gusto; pero eso sí, entre estas piezas hay algunas que están tratadas de mano maestra; la última escena del *Trovatore*, el cuarteto de *Rigoletto* y la escena del cementerio del *Ballo* bastan para la gloria de un hombre. De un modo general, puede decirse que Verdi descuella en las grandes masas corales.

Lo mas grave que se puede achacar al autor de *Don Carlos*, es que ha concluido con el teatro italiano propiamente dicho. La interpretación de sus obras no exige en los cantantes grandes estudios previos, en atención á que el mecanismo vocal tiene en ellas un papel secundario. Seguros de antemano de alcanzar aplausos ejecutando las óperas

tan populares de Verdi, los cantantes dotados de pulmones robustos descuidan esos estudios de vocalización y de estilo, sin los cuales es imposible interpretar el

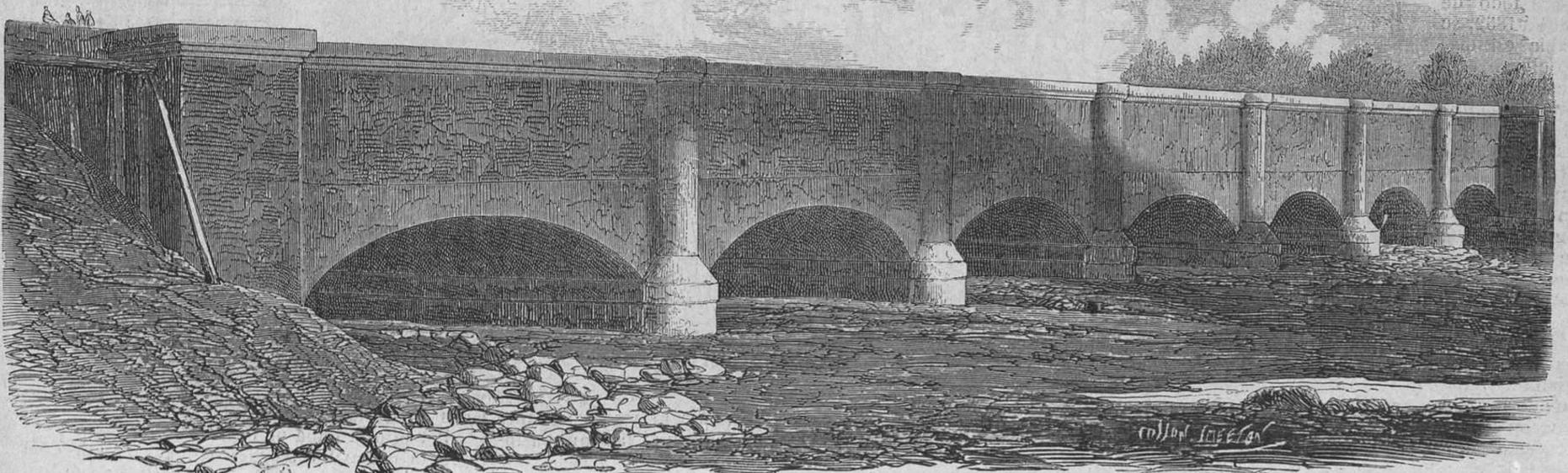


Sifon mas abajo del torrente Elvo.

medio material que puede influir una vez, pero que no deja goce alguno al análisis. Armonista á veces, Verdi mira con el mayor descuido el encadenamiento de

tan populares de Verdi, los cantantes dotados de pulmones robustos descuidan esos estudios de vocalización y de estilo, sin los cuales es imposible interpretar el

tan populares de Verdi, los cantantes dotados de pulmones robustos descuidan esos estudios de vocalización y de estilo, sin los cuales es imposible interpretar el



Acueducto sobre el torrente Servo.

repertorio de Mozart, Cimarosa y Rossini; y por lo tanto las obras de estos maestros se quedan arrinconadas. Para muchos la música de Verdi es una suficiente compensación; pero hay que decir también que no lo es para todos.
A. DE L.

Suiza encontrará varias corrientes de agua para desembocar directamente de sus montañas en el Adriático.

Por otra parte, esta vasta reunión de las aguas continentales con el mar, aumentará en el continente el vo-

pour, se pueden regar 200,000 hectáreas de terrenos casi perdidos hasta el día, y este riego representa un aumento de productos agrícolas de un valor lo menos de 200 millones de francos anuales.

El capital social, al cual garantiza el Estado un interés minimum de 6 0/0, es de 80 millones, dividido en 25 millones de acciones y 55 millones de obligaciones.

La razón social es: *Compagnia general italiana di riego; 1ª explotación: CANAL CAVOUR.*

Afin de mantener casi invariable la presión del susodicho volumen de agua, de 110 m. c. por 1", han establecido un sistema de compensación hidrostático.

Han hecho entrar en el canal Cavour el Cervo, el Sesia y otros siete arroyos que se alimentan con el deshielo de las nieves durante el verano, y que suplen justamente las bajas aguas del Po durante los fuertes calores.

Con este objeto, la Sociedad ha comprado al Estado todos los canales, que reunidos al canal Cavour forman una red de canales de regadío de 810 kil. de larga.

Una fuente de riqueza agrícola de un porvenir extraordinario! Todas las obras se adjudicaron por una suma de 44 millones a los señores Scanzi y compañía. El consejo de administración se compone de los señores conde Tornielli, el senador Oldofredi y el caballero Gennero. El centro social está en Turin.

La intervención en las obras está confiada a los ingenieros Tatti, Noé y Poli.

No consta en la crónica contemporánea un solo ejemplo de Sociedad privada que consagre de una sola vez 80 millones al fomento agrícola.

Sobre este punto, el canal Cavour es una empresa de gran porvenir, y a la vez un bello ejemplo de las grandes operaciones industriales y agrícolas.

Por esto la Italia no espera que el canal haya dado el producto máximo de 200 millones anuales para hacer más latas las bases de la Sociedad. Los estudios para el riego de la alta Lombardía, se hacen por diferentes em-

El canal

CAVOUR

El canal Cavour ha sido concebido, propuesto y ejecutado con el fin de multiplicar las fuerzas productoras de las feraces llanuras de la Lombardía. Sabido es lo que valen el agua y el sol en la producción agrícola. Para que se aprecie mejor su influencia, decía M. de Gasparin: Uno de agua y uno de sol no hacen dos sino cuatro en agricultura.

El deseo de dotar a la Lombardía de este agente maravilloso, hizo emprender la grande y útil operación del canal que vamos a describir aquí, pasando sucesivamente revista a estas tres consideraciones: la utilidad de la empresa, las obras de arte y el trazado.

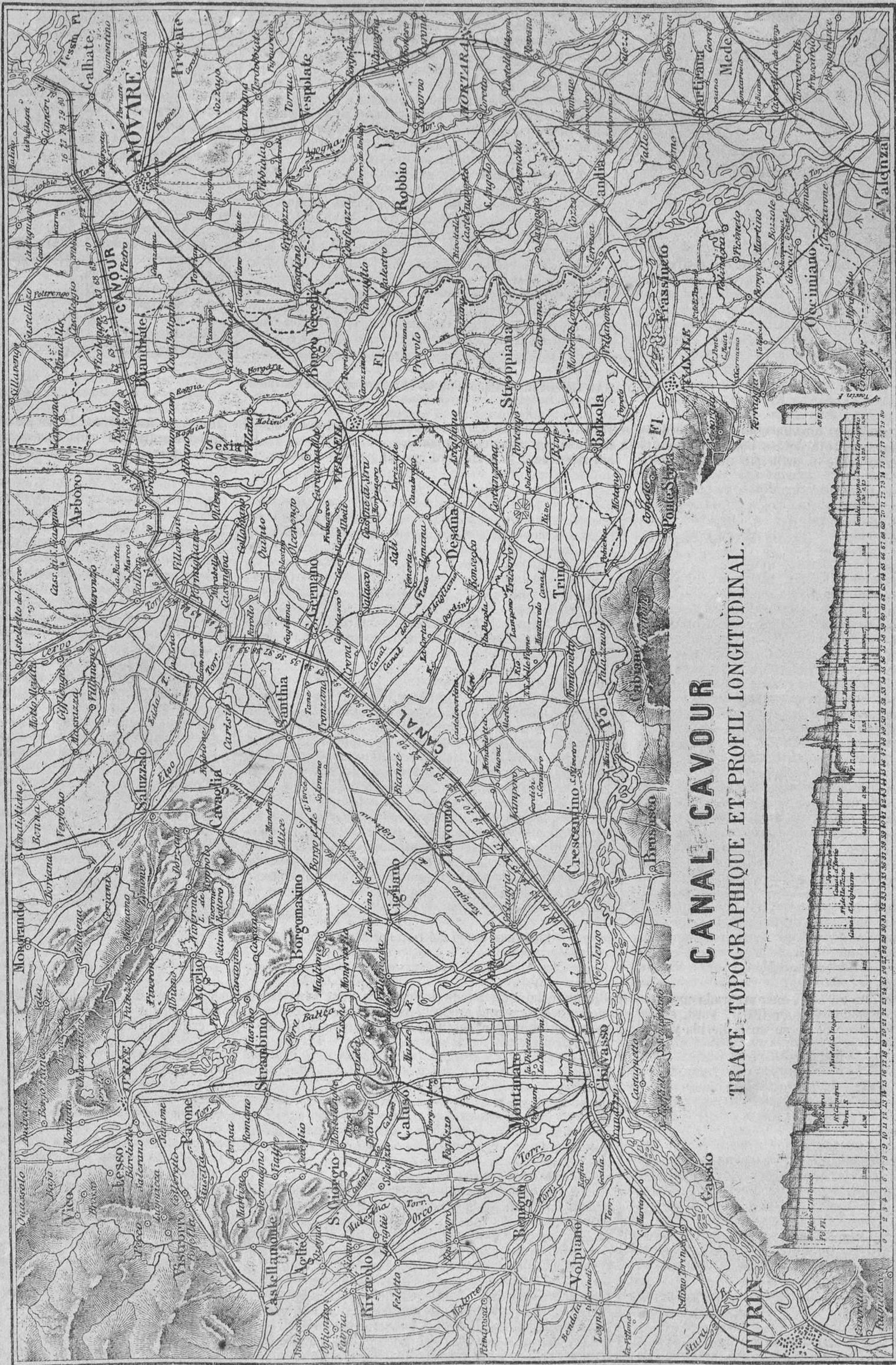
I.

LA UTILIDAD DE LA EMPRESA.

El arte, y sobre todo una experiencia secular, habian probado que todo el secreto de la prodigiosa fertilidad de las vastas llanuras lombardas y piomontesas, consiste en la acción de las aguas, felizmente combinada con los abrasadores calores del estío. Por esta razón, desde tiempo inmemorial, y sobre todo de 1804 a 1852, se habia estudiado el proyecto de desviar del Nilo italiano, el Po, un canal bastante grande para que, comunicando con el Tessino, pudiese regar en las sequias del verano lo restante de las campiñas de Lombardía y del Piamonte. Haciendo abstracción de su importancia agrícola, la realización de este proyecto no tardará en producir otro buen resultado, parecido al que ha dado un puerto en Bruselas, no obstante su distancia del mar. Con efecto, mediante el enlace de los lagos alpinos con el Tessino y el Po, la

lumen de las aguas de riego, que nunca es bastante considerable en el verano, y disminuirá las inundaciones, hasta hoy indomables en el invierno.

El canal del Po al Tessino no es pues sino la abertura de una gran serie de vastas obras. Gracias al canal Ca-



CANAL CAVOUR
TRACE TOPOGRAPHIQUE ET PROFIL LONGITUDINAL.

presarios á la vez. En Suiza se combina el plan de enlace de los lagos helvéticos con el Adriático por el Tesino y el Po.

Las provincias meridionales de Italia, arrastradas por la corriente, comienzan á comprender que no solo todo el sistema agrícola, sino también la suerte económica del país, no es mas que un problema de riego. — Hé ahí la verdadera informacion agrícola, la profunda y vital reforma que se prepara en el país. G. C.

(Se continuará.)

Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

— ¡Ira de Dios! bastante tranquilo estoy, señor mio. Perdoné á mi hermano su primera traicion, concediéndole con mi amistad los condados de Turena y de Maine; lo único que no quise darle fué el cargo de teniente general del reino, pero tenia mis razones para negarlo, y reservaba este empleo para un súbdito leal y de reconocida fidelidad, como el duque de Nevers.

— Señor, contestó el duque confuso, sin poder adivinar la verdadera significacion de las palabras de Enrique, y temiendo que le tendiese algun lazo; ya he recibido numerosas pruebas de vuestro favor.

— ¡Bah! exclamó el rey con mal disimulada ironía; hasta ahora no he podido apreciar suficientemente vuestra lealtad y servicios, primo mio; pero pienso desquitarme, y como tengo que pedir un gran servicio, justo será ofreceros una digna recompensa.

— Supongo cuál es el servicio, dijo el duque despues de una pausa; la recompensa...

— Será el cargo que he rehusado al duque de Anjou. Esto debe hacerlos leal.

— ¡Señor!

— Vuestro despacho se firmará mañana.

— Prefiero que lo firmeis hoy, repuso el duque con tono significativo; mañana puede ser tarde.

— ¡Ah! exclamó Enrique estremeciéndose de terror; ¿es el peligro tan inminente? ¡Protéjame Nuestra Señora!

— ¡En nombre del cielo! murmuró el duque, conservad vuestra sangre fria, pues estais rodeado de espías de Catalina, que os observan de cerca y escuchan vuestras palabras. Aparentad que sospechais de mí, pues de lo contrario me vigilarán; estais al borde de un precipicio, y solo mi brazo puede salvaros.

— ¿Cómo os probaré mi gratitud? preguntó el rey, esforzándose por dominar su agitacion.

— Cumpliendo vuestra palabra, señor.

— No lo dudeis, firmaré vuestro nombramiento cuando llegue al Louvre; pero ahora sacadme de la ansiedad.

— Dispensadme que no diga ahora mas, contestó el duque; en vuestro gabinete os haré revelaciones que no me atreví á expresar aquí, y entre tanto os respondo de vuestra seguridad.

Enrique lanzó al duque una mirada de cólera y sospecha, y le dijo:

— ¿Quién me responde de vuestra lealtad, primo mio?

— San Francisco, mi patron, dijo el duque sonriendo.

— Bien, dijo Enrique; y ahora tened cuidado; mañana sereis el jefe de mis ejércitos ó perdereis la vida.

— Como gustéis, señor, repuso el duque con afectada indiferencia; pero os advierto que no despreciéis mis consejos. Dejaos guiar por mí, y todo se arreglará sin efusion de sangre. Destruiré el complot con la estratagemas, y las armas de vuestros adversarios se volverán contra ellos mismos. Solo una vida se sacrificará.

— ¿La vida de mi hermano? balbuceó Enrique.

— No, señor; la del caballero Crichton, pues á él es á quien se ha confiado el encargo de asesinaros.

— ¡Jesus! exclamó Enrique aspirando un frasco de sales.

— ¡Ese hombre debe morir!

— ¡En el nombre del cielo! que muera, primo mio; disponed su ejecucion al momento si lo juzgais necesario.

— Aun no es tiempo, señor; dejadlo todo á mi cuidado.

Así diciendo, inclinóse Nevers y se retiró.

Siguióle Enrique con la vista, y dirigiéndose de repente á su primer gentilhombre, le dijo con precipitacion:

— Du Halde, no perdais de vista al duque; observad con quién habla y lo que hace, y venid á darme cuenta de todo.

— ¡Es extraño! murmuró; siempre que se trata de amor ó de peligro, sale á relucir el nombre de Crichton.

— Nada de eso, señor, dijo Chicot, que habia oido el fin del monólogo del monarca, el escocés es vuestro destino.

— ¿Cómo, compadre?

— En su mano están vuestra corona y vuestra vida.

— ¡Tunante!

— Henriot, dijo el bufon con aire de tristeza; por la primera vez en mi vida os hablo con formalidad. Si no seguís mi consejo, sois perdido.

— ¿Y qué es lo que me aconsejas, mi pobre amigo?

— Poned vuestra confianza en Crichton, dijo Chicot exhalando un sollozo, pues de lo contrario perderé el mejor de los amos.

Sorprendido de la emocion de Chicot, Enrique pareció reflexionar un momento, y haciendo despues una señal á Crichton para que se acercase, le dijo:

— Caballero, os confío este misal, que me entregareis cuando yo lo reclame; pero estad convencido y vosotros también, señores, añadió volviéndose hácia sus cortesanos, que las sospechas de traicion que abrigaba contra mi hermano han sido destruidas por el duque de Nevers. Retracto pues mi acusacion, y os ruego olvidéis esto.

Un murmullo de asombro y desagrado circuló entre los concurrentes al oír estas palabras.

— ¿Me permitirá S. M., dijo Crichton sin poder reprimir su indignacion, que desafie al duque de Nevers, y le haga confesar por fuerza su traicion infame?

— Es inútil, amigo mio; ya está justificado.

— Ese astuto italiano os está engañando, señor, dijo Crichton con calor; es un cáballeto falso y desleal.

— El duque está ausente, caballero, dijo Enrique, deseoso de terminar la discusion.

— A su vuelta le arrojaré al rostro estos epítetos.

— Eso me corresponde á mí, exclamó Joyeuse; bastante honor habeis conquistado ya, y ardo en deseos de sacar la espada.

— Que pertenezca el derecho al primero que encuentre á ese miserable, gritó d'Epéron, hundiendo las espuelas en los ijares de su caballo.

— ¡Aceptado! replicó Joyeuse, veremos quién llega antes.

— Deteneos, señores, dijo Enrique con tono de autoridad; agradezco mucho vuestros buenos deseos, pero os ruego tengais un poco de paciencia. Despues del banquete celebraré un consejo al que asistirán Saint-Luc, d'Epéron, Crichton y mi hermano de Navarra; hasta entonces prohibo el menor paso. Caballero Crichton, oid una palabra.

Y acercándose al escocés, Enrique III le dijo en voz baja:

— Guardad ese misal como guardariais las cartas amorosas de una mujer adorada, como conservariais la trenza de sus cabellos, ó un amuleto encantado. No tardaré en pedirlo.

— Le guardaré como el honor de la que amo, señor, contestó Crichton con orgullo. Nadie me lo arrancará sino con la vida.

— Voy á dar la órden para cerrar las justas, continuó Enrique; terminada la ceremonia, marchad secretamente al palacio de Nevers con todos los hombres que necesiteis, y arrestad en mi nombre al príncipe de Mantua...

— ¡Señor!

— No me interrumpais; arrestadle, os digo, y conducido á palacio, que yo daré las oportunas órdenes á mi guardia. Hecho esto, volveréis al banquete.

— Señor, contestó Crichton, sereis obedecido, pero os aconsejo que no adopteis medidas demasiado violentas.

— Ya veremos, repuso Enrique con acritud; lo único que pido ahora es obediencia y no consejos.

En aquel momento, y á una señal del monarca, adelantóse Montjoie, y doblando la rodilla ante Enrique III, solicitó el permiso para que la reina del torneo concediese el premio á quien lo habia tan justamente ganado.

El rey hizo una señal afirmativa, y algunos momentos despues, Esclarimonda, montada en un soberbio palafren, se acercó á Crichton, y puso en sus manos un magnífico anillo.

Oyéronse entonces estrepitosas aclamaciones, y los heraldos gritaron:

— ¡Gloria á Crichton! ¡gloria al vencedor!

Entre tanto Montjoie avanzó con paso majestuoso y dijo á Crichton:

— Quitaos el casco, señor caballero, pues la reina del torneo quiere otorgaros, en gracia de vuestra destreza, el premio inestimable de tantas proezas.

Al aproximarse, un ligero rubor coloreó las mejillas de Esclarimonda, y un momento despues el afortunado caballero sintió posarse sobre su frente los abrasadores labios de la princesa.

Aquel beso de fuego hizo olvidar al escocés todas sus prudentes resoluciones, y sin tener en cuenta la desigualdad de rango ni su crítica situacion, llevó á sus labios la mano de la princesa, murmurando con acento apasionado:

— Esclarimonda, sois mia.

— Sí, vuestra soy, contestó la princesa; renunciaré á mis títulos, á mi rango y á mi propia vida, antes que á vuestro amor.

— La reina madre me ha prometido vuestra mano con ciertas condiciones, dijo Crichton.

— ¿Cuáles son? preguntó Esclarimonda, mirando con ternura al caballero.

— Son condiciones á que no puedo acceder, porque seria necesario sacrificar mi honor, contestó el caballero, y por eso ahora que sois princesa de Condé, fuera locura abrigar vanas esperanzas. Me está prohibido el amaros. ¡Adios para siempre!

— Deteneos, dijo Esclarimonda, reteniendo con dulzura al caballero; esta noche debo cumplir un penoso deber, pues tengo que recibir el último adios de un hombre que ha sido para mí un amigo, un compañero y un padre.

— ¿Hablais de Cristian?

— Sí, acabo de recibir la noticia de su sentencia, replicó Esclarimonda con los ojos bañados en lágrimas, y

una hora antes de media noche iré á verle para recibir su última bendicion.

— Aunque me costase la vida, no faltaré, dijo Crichton con apasionado acento.

— Y hallareis una muerte segura si seguís adelante con vuestra presuntuosa pasion, dijo Enrique de Navarra acercándose á los dos jóvenes. Tened presente que se trata de la princesa de Condé, y por mas que seáis un cumplido caballero, la noble sangre de Borbon no se mezclará con la de un aventurero escocés. Represento aquí al príncipe de Condé, y debó obrar como él lo hubiera hecho. Dispensadme, señora, añadió Enrique dirigiéndose á la princesa, que haya intervenido en esta cuestion.

— La hija de Luis de Borbon no concederá su mano sino al que ame, repuso Esclarimonda con firmeza, y podeis comprender que no me dejaré dominar por nadie.

— Eso ya me lo esperaba yo, dijo el Bearnés; pero de todos modos, será preciso impedir un enlace tan desigual por todos conceptos.

— ¿Y por qué razon ha de impedirse dando yo mi consentimiento? preguntó Catalina adelantándose.

— Por una razon muy poderosa, señora, dijo Enrique III uniéndose al grupo; en primer lugar, porque yo no quiero, y en segundo, porque prohibo al caballero Crichton, bajo pena del destierro ó de la Bastilla, el aproximarse de nuevo en calidad de amante á Esclarimonda. Veremos quién de los dos, señora, se atreve á desobedecerme.

— ¡Enrique! exclamó Catalina estupefacta, ¿á mí esas palabras?

— Sois mi madre, señora; pero tambien sois mi súbdita, repuso friamente el rey. He mandado, y á vos toca obedecer.

Catalina, sin contestar, dirigió una mirada á Crichton; pero este, en vez de darse por entendido, dijo á la reina:

— Si teneis la bondad de fijar la cuestion sobre el ilustre nacimiento de Esclarimonda, obedeceré gustoso las órdenes del rey. De vuestra resolucion, añadió con una mirada significativa, depende la suerte de la princesa.

— Ya ha llegado en efecto la ocasion de dar á conocer su ilustre nacimiento, replicó Catalina, lanzando á su hijo una mirada triunfante. Esclarimonda es una princesa de la sangre real de Francia, y pertenece á la familia de los Borbones; que el rey de Navarra tome acta de mis palabras, y que todos aquellos que veneren la memoria de Luis I, príncipe de Condé, se inclinen ante su hija.

Obedeciendo la intimacion de Catalina, una multitud de nobles caballeros se adelantaron para besar la mano á la princesa, y entre ellos, muchos olvidaron su antigua enemistad con el campeón de la religion protestante, para admirar la hermosura de su hija.

— Muy bien, señor, dijo el Bearnés volviéndose hácia Enrique III; ya he hallado á la princesa, ahora supongo que me dareis la escolta.

— ¡Maldicion! exclamó Enrique con acento de cólera.

Y llamando á Du Haldé, le mandó cerrar las justas.

— La princesa es vuestra, dijo la reina á Crichton en voz baja.

Pero el escocés, lejos de animarse con estas palabras, comprendió que alimentaba una pasion inútil, y la desesperacion se apoderó de su alma.

En aquel momento oyéronse resonar con estrépito las trompetas y clarines, y un heraldo de armas anunció en alta voz á los nobles caballeros y damas que las justas habian terminado, que S. M. invitaba á todos al banquete que tendria lugar en el Louvre, y que en vez del simulacro á la luz de las antorchas, se daría un gran baile de máscaras en palacio.

(Se continuará.)

Luis Boulanger.

Acaba de morir el pintor francés Luis Boulanger.

Hace dos años estaba yo en Dijon, y paseándome por las calles de esta ciudad, que permanece tal como la dejó el último siglo, acerté á pasar por delante de la Escuela de Bellas-arts, á cuya puerta llamó mi atencion un cartel, que era un reglamento firmado por Luis Boulanger. Mi asombro fué grande. ¡El fogoso pintor de las batallas románticas, el dibujante del *Sábado*, de las brujas y los brujos, vivia allí retirado, casi en el olvido! ¿Cómo podia encontrarse en tal lugar el autor del *Triunfo del Petrarca*, de *Otelo*, de *Macbeth*, de *Mazepa*, que era ayer un revolucionario, y hoy está convertido en un profesor?

Luis Boulanger iba á cumplir sesenta años, y estaba pobre. En su destierro de la Borgoña habiase hecho un museo con los hombres y las cosas de otros tiempos, y vivia allí rodeado de los retratos de sus amigos, de su maestro A. Deveria, de Delacroix, á quien imitó demasiado, de los románticos Petrus Borel, Teófilo Gautier, Víctor Hugo, el gran poeta que le dedicó sus composiciones el *Rhin* y la *Campana*.

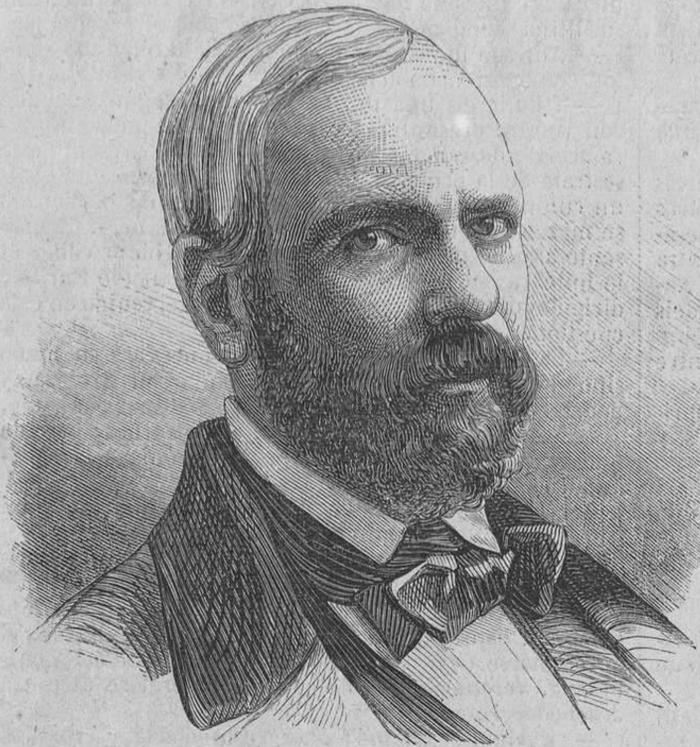
¡Cuán lejos estamos ya de aquellos tiempos! La famosa litografía de Luis Boulanger, la *Ronda del Sábado*, inspirada por Víctor Hugo, ha venido á ser rarísima. Es una composicion inmensa, fantástica, verdaderamente notable, digna de Goya, y en la cual, como en una bandada de murciélagos, las brujas y los demonios enlazados daban vueltas bajo las bóvedas de una catedral gótica, en torno de un altar servido por espíritus infernales.

No sé dónde he visto yo esta litografía con un marco de madera amarilla y filetes negros. Imágen exacta de la existencia del artista, que comienza por Nuestra Señora y acaba por Dijon; y que habiendo partido de la escuela mas desordenada, ha ido llegando lentamente al sistema correcto.

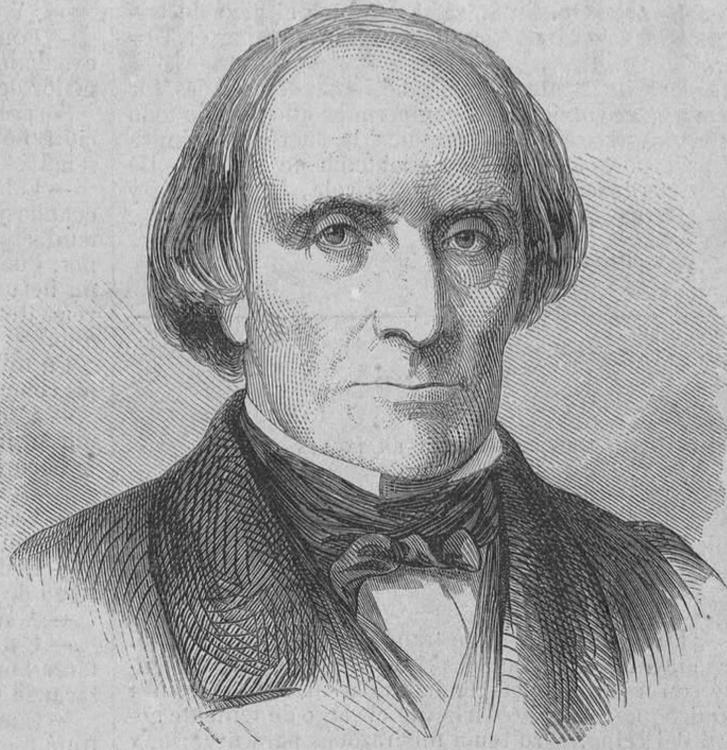
J. C.

Pedro de Cornelius.

Cornelius acaba de morir en Berlin, pero en Munich vive aun y vivirá eternamente, pues no era uno de esos artistas que se contentan con acariciar una idea graciosa quizás, mas pasajera, que brillan durante la época que representan para apagarse luego



Luis Boulanger.



Pedro de Cornelius.

con ella: era un pensador que vivia en las edades heroicas, y trataba de fijar en el espacio las grandes ideas del tiempo.

Cinco años he pasado yo en Berlin en medio de artistas y literatos, sin encontrarme nunca con él; pero he pasado tres dias en Munich delante de sus obras maestras, y no le olvidaré nunca.

Pedro de Cornelius, nacido en Dusseldorf el 16 de setiembre de 1787, hijo de pintor, se destinó desde niño á seguir la carrera de su padre. Esta circunstancia es importante para su gloria, porque ha sabido librarse mejor que nadie del peligro, tan inminente en tales ocasiones, de hacer del arte un oficio. En vez de atenerse á la pintura de caballete, siguió la via que le abrió durante su estancia en Roma, su entusiasmo por los antiguos maestros italianos. Empezó la pintura al fresco, abandonada hacia mucho tiempo, y así ensanchó el horizonte del arte en Alemania. A su iniciativa se deben las grandes obras de arte que se han llevado á cabo en Munich y en Berlin.

Aleman ante todo, se apasionó desde su juventud por las leyendas nacionales. Sus diseños sobre el cielo de los *Niebelungen* fueron su primer ensayo. Sus ilustraciones del *Fausto* están á la altura de Goethe.

En 1819 pasó á Munich, donde Luis de Baviera le encargó el ornato de la *Glyptoteca*, magnífico edificio de estilo jónico, cuya primera piedra colocó en 1816 el arquitecto de Klenze. La *sala de los dioses* y la *sala de los heroes* fueron adornadas con frescos al estilo antiguo, ejecutados por los diseños de Cornelius.

Nombrado mas tarde director de la Escuela de pintura de Dusseldorf, su ciudad natal, marchó á su puesto, pero no tardó en volver á Munich para adornar, con composiciones variadas y opulentas, la *Pinacoteca*, tomando por asunto la *Historia de la pintura*. Al mismo tiempo ejecutó los grandes frescos de la iglesia de San Luis, monumento de estilo bizantino, construido por Gaertner. El mayor de estos frescos, el *Juicio final*, que cubre todo el coro da la iglesia, tiene sesenta y tres pies de alto por treinta y dos de ancho. Cerca de una hora he pasado delante de esta gran página, primero un poco desilusionado, luego atraído por no sé qué de grandioso, y finalmente hechizado por la idea. En lo alto de la composicion aparece Jesus de pie, en su gloria, rodeado de los santos del Antiguo y el Nuevo Testamento. A sus piés están arrodillados Maria y Juan Bautista.

Al pronto el colorido choca, pues Cornelius no ha sido nunca colorista; pero la fuerza de la expresion, la energía, digámoslo así, personal y penetrante del dibujo, hacen olvidar en breve este primer chasco. Esta obra no se parece á ninguna otra, y es lo que hace tan admirable el genio de Cornelius.



Cornelius en una de sus últimas salidas en Berlin.

Despues de haber ejecutado en Munich estas obras magistrales, Cornelius tuvo la desgracia de ser llamado á Berlin por el rey Federico Guillermo I, que tambien queria edificar su catedral, y encargaba al gran artista que adornase el Campo Santo. Pero el famoso edificio proyectado entre el Palacio Real y el Museo no se ejecutó nunca, y las paredes por concluir que todavia subsisten como ruinas, prueban que los monumentos religiosos no se levantan tan fácilmente como los cuarteles.

Cornelius hizo sus dibujos, que fueron admirados en Paris en la Exposicion de 1855; pero que se quedaron en cartera. El pintor entusiasta se creyó desde entonces fuera de su pais en la ciudad del protestantismo y de la crítica. La poblacion de Berlin le hizo sin embargo buena acogida por su fama. Le veneraban, y un dia de lluvia, al apearse del coche, vió que acudian á él los transeuntes para ponerle al abrigo. A porfia trataban todos de manifestar al gran artista la admiracion y respeto que les inspiraba.

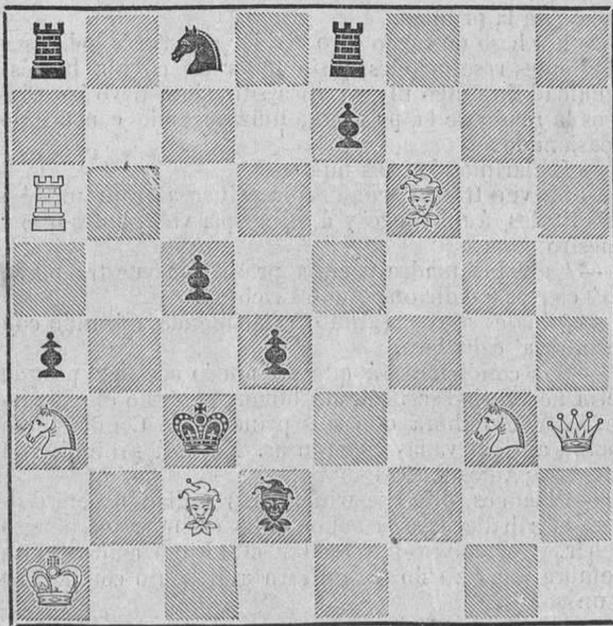
Sabido es que los alemanes le llaman «el primer pintor de la época.»

Quizás tienen razon si se mide el genio por la altura de la inspiracion; pero su tinte colorido y su estilo un tanto duro y seco, hacen de él un pintor incompleto, aunque de una originalidad muy poderosa. No todo el mundo puede ser Rembrandt; pero lo importante es en verdad no parecerse á nadie: Cornelius era un poeta épico que expresaba su pensamiento valiéndose de medios plásticos. Si hubiese sido comprendido siempre por los hombres de la profesion que han pintado con presencia de sus dibujos, nos pareceria mucho mas grande aun. En parte revive en su discípulo Kaulbach, cuyas obras son mas populares en Berlin, porque son menos elevadas y hay mayor claridad en ellas.

W. R.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 237, POR M. GRIMSHAW.
NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

(1) Solucion del número 236.

- | | |
|----------------------------|-------------|
| 1 A 6ª T Ra | T 1ª CR |
| 2 A 8ª ARª jaque | T toma A |
| 3 T 5ª AR | C toma T |
| 4 C 6ª AR | Cualquiera. |
| 5 C 3ª CRª ó 4ª Ra ó 5ª AR | jaque-mate. |

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografia de A. Marc, 22, rue de Verneuil.